

POEMARIO

Carmen Urbieta.

Quiero dedicar este libro de Poemas a mis
Hijas Ana y Laura. Con todo el amor que os profeso.

Siempre.

En tu humilde portal.

Esquina de aquí te espero.
Para siempre, compañero.
Cualquier día, compañera.
Tejíamos cartas de amor desde el tejado.
Como los gatos grises que me visitaban.
En doliente oración, sus pies descalzos.
Pisaban las hormigas, acuciadas.
Ven a volar un vuelo de rasante.
Peregrina avecilla de los campos.
Ven a volar, con él irás delante.
De las fieras, señor, y de los fados.
Saudades, Bossa Nova, nostalgia.
De un día en que el destino me hizo conocerte.
Cánticos tristes, fados enrevesados.
Y una canción que suena desde el radio-casete.
¿Con quién irás? ¿Dónde está Alejandra?
¿Por qué no viene a saludar a la mañana?
¿Cuánto le diste, para que no haya nada con lo que completar el medio gramo?
Busca en ausencias, que es lo más seguro.
Para morir, quizá, de estreñimiento.
Busca en el mar; ya llegó el momento.
En que los ríos desemboquen, orgullosos.
En tu humilde portal de calle Pergamino.

Fue muy bonito mientras duró.

Fue muy bonito mientras duró.

Aplicábamonos en sendos menesteres.

Suave el aroma, pulcro, el pelo bien cortado.

Bullen las palomas de la paz, hermanas.

Fue muy bonito. Duró sólo una vez.

No puedo competir contra Alejandra. A favor de Shamir, pero en contra de nadie.

Tu bucle me hace daño. Tú no la necesitas.

Vente conmigo. Recrearemos momentos.

De dulce calma.

Esparcidos amores.

En penitencia, junto a la cruz que un día.

Sin dueño viene a hacernos reverencia.

Dulce Ramón, Shamir está esperando.

A que le cuentes las mil y una noche.

El corazón sobre tu mano izquierda.

Y el color aceituno de mis campos.

Cabalgaréis llanuras y montañas.

Cuadros que dibujar dulce podría.
Reventando las luces y las sombras.
Bravío el caminar. Siempre amagando.
Un halo de grandeza. Sabio enamorado.
Pálido de colores y texturas.
Dulce añoranza de las cosas bellas.
Remolino de talco y de turquesas.
Pico marchito que nace cuan amante.
No cabéis esa tumba; os lo suplico.
Aún no. Pues que aún estáis vivo.
Menoscabar la tierra en que florece.
La amargura de tenerte sólo mío.
Cabalgaréis llanuras y montañas.
En jaca árabe; gommel peregrino.
El caballo galopa impenitente.
La yegua corre al pino.
Por la noche; tal vez al recuento.
De lo que hizo tu alma, allá en el llano.
Volverán a tu mente mis sonrisas.
Y mi hablar castellano.

Instigaba a sus ojos una lágrima.

Instigaba a sus ojos una lágrima.
Mi garganta, mil odas de perdón.
Habló su mirada, suplicante, bella.
Calló mi garganta de exabruptos plena.
Y algo me dijo que faltaba por venir aún lo mejor.
Y alguien dijo en mi oído frases llenas de amor.
Y sus trenzas recogidas se esparcen y ruedan por el solado.
Y caen presurosas y en cascada hacia el jardín,
desde el balcón.
Donde le está recitando Zirano bellas palabras de amor.
Y las fuentes cantan su cantarina versión del Ave María de Schubert.
Y los pájaros remedan a María Callas.
Y los ángeles ciñen sus clarines y sus trompetas.
Y Pepe zimbrea su chéquere.
Y Tommy hace fotos del momento.
Y José y Jorge sacan sonidos de su yambee.¡
Y comienza la fiesta.
Domingo por la tarde, en el caballo!

Alrededor de la lumbre.

Alrededor de la lumbre tengo un puchero.
Lleno de agua de la fuente de los siete caños.
Previamente en sartén el aceite de oliva.
Con su pizca de sal, su cebolla y su ajo...
Y a pochar.
Después le añadiremos pimientos tricolores.
Le damos una vuelta;
lo echamos al puchero.
Le añadimos papa rota, orégano, tomillo.
Lata de alcachofas, champiñones y ñora.
Carne de aguja, tierna y algo de pimentón.
Unos pocos guisantes, zanahoria picada...
y empieza la cocción.
¡Qué rico está el Sancocho!
¿Quién lo ha preparado?
He sido yo, Julito.
Sé que te iba a gustar.
Aunque no sé qué hago,
dándole caña al mono.
Cuando te has portao conmigo tan sumamente mal.
Hoy lunes no te llamo.
Mañana; ya veremos...

Alguien ríe.

Me tiro un pedo.

Alguien ríe desde el salón.

Ya no estoy sola.

Noches de abismos.

Noches de abismos. Días soleados.
Amenazantes nubes de algodón.
Sombras que se pasean por mi cuarto.
¡El tercer batallón!
Mil cortados en los Alpes.
Llenos de luz y color.
Bandoleras de amapola.
Y rubia en el arsenal.
Brava la noche te espera.
Tan reciente como el pan.
Recién hecho, a la mañana.
Volverás. Tú volverás.

Remolino huracán.

Calculaba en sus ojos una lágrima.
Veíala languidecer.
Buscaba allá, en su mueca algo a lo que agarrarse.
Y no podía ser.
Remolino huracán hacia tu albergue.
Violeta es el color del pensamiento.
Florezilla agraciada de jardines.
Y un sólo sentimiento.
Volaremos al aire mil canciones.
De mil estilos por autor creadas.
Musas que van y vienen presurosas.
Sin importarles nadie. Sin importarles nada.
Remolino huracán hacia tu albergue.
Que presuroso viajas los parajes.
Ven a decirle que estoy aquí escondido.
Por si las prisas.
Yo quisiera perderme entre tus brazos.
Que enterraras mi odio en besos de pasión.
Besos que sólo he dado, por mi fiel pensamiento.
Borrascosas las nubes, al instante.

Quimera piedra luna.

Me has sacado matrícula de honor.

Caballero alférez de la Academia de Infantería, de Toledo; la mejor.

Viniste cauto hacia mí, mi encanto.

Cosa bonita y bella, mi amor, mi compañero.

Tuviste tu momento y lo has aprovechado.

Como siempre; mi amor.

Y no importaba nada.

Lográbamos los sueños, poco a poco.

Fingíamos ser carne doliente.

Escapábamos del tedio de las tardes.

Reuníamos un arsenal de entelequias.

Y no importaba nada.

Circunstancias obligan a los actos.

Pensamientos que llegan, inconscientes.

Presentimientos fríos, en tu cama, vacía.

Cúrame las heridas, que me voy a morir.

Y no importaba nada. Nada.

Nuevamente la córnea.

Nuevamente la córnea se escapa entre mis dedos.

Nuevamente la luz se me quiere escapar.

Dos oquedades en mi cráneo pueden reventar un pasado de dulce eternidad.

Plancha, y lamenta no haberte perturbado.

Descansa si es que puedes; el habla fatigada.

Y los acordes de un bandoleón aspiran.

A llevarse tu boca, tras el beso anegado.

Y te vas.

Pretéritos jardines donde el jazmín se aposta.
Bajo rayos de sol iza escalera.
A las biznagas de la madre tierra.
Y la hornacina templada de flores.
Deseos ahogados en néctar de dioses.
Palpitar del camino entre bosquejos.
Ancla que embiste al toro enamorado.
De una luna infernal; maternal, espúrea y ciega.
Dime con quién vas a ir.
En esta noche.
Esta noche de abismos anegados.
De fuertes vientos; de desamparados.
De profetas sin tierra y de legajos.
Ven a participar de nuestro ágape.
Dulce Daniela de los ojos tristes.
Esperanza que anhela.
Tu sombra de poniente trastocado.
Tu luz esta mañana de verano.

Mañana en la mañana luce el cielo.

Tus gayumbos esperan en la mesa.
Los calcetines por fin los cogiste.
Pobre infeliz; no sabes que te espera.
El purgatorio.
Mañana en la mañana luce el cielo.
Estrellado y profundo, con el sol auestas.
Verdugo de doncellas luminosas.
Y de tardes cargadas de esperanza.
Leyendo estoy "mi padre"; tu regalo.
Yo te he traído perfumes y presentes.
La noche clara donde nos perdimos.
En la azul playa.
Empapado de brea y de salitre.
Mi pobre estampa muy mojada hallo.
Al rondar por la noche, entre columnas jónicas.
La canción escogida del momento.
Barruntar de ternura inmisericorde.
Llegar a viejo por otros caminos.
Hinchar el globo aerostático y ladino.
Y despegar los tres desde el cestillo. Daniela, Julio y yo. Los tres unidos.
Daniela, tú y yo. Los tres amados.

Daniela diosa.

Daniela, diosa de las noches turbias.
Musa implacable en mis ensoñaciones.
Pergamino maduro de escribientes.
Teléfono caliente, a contrapelo.
Yo soy un pobre ingrato, resignado a morir entre tus ojos.
Soy un pobre infeliz enredado en el limbo de tu boca.
Soy ese pobre chancho inoperante y ciego.
Cabelleras caen de tus hombros en cataratas frías.
Tu perfil insolente porfía en la mañana.
Un desigual muñeco de mis fauces sale.
Yo te voy a convidar. Por mi alma tiemblo.
Y bucles de algodón serán tus alas.
Tus dulces alas donde el sol ahora.
Lanza en disparos su atronador mensaje.
Lleno de caracolas.
Escupiendo verdín amordazado.
Saliste salerosa por poniente.
A estribor tu perfume y mi doliente alma amordazada del terror de un día.
Daniela diosa.
Daniela preciosa.

Y me dices te quiero.

Si por saber de tu soledad me hieres.
Si por creer en ti, mañana me desdeñas.
Si por hacerte un hombre me castigas.
Si por venir a verte, en la noche me engañas.
Y me dices "te quiero"; no hay mañana.
En que no piense en ti, dulce amapola.
Que llora, pues se halla sola.
A despecho de soles y de lunas.
Vuelve a mi lado, Sansón arremetido.
Junta una a una las lágrimas tempranas.
Convierte en ríos estas mis mañanas.
Anochecerá de pronto en la cabaña.
Vuelve a mi lado, Julio, yo te imploro.
Vuelve a las once y diez, por mis pecados.
Allí estará esperándote Daniela.
Y yo misma, si lo tienes a bien.
Saldrá el lucero del alba a pasearse.
Mi hermana Adita nos ve desde arriba.
Y aprueba contenta a esta comitiva.
De jarcias y lereles, de flor engalanada.
Y de quererres.

Trampolín.

Trampolín con que limpio mis entrañas.
De otros que jugando precipitan.
El aire oscuro de esta buena mañana.
En que las lágrimas traerán ardores.
De verdes eucaliptos; hierbabuenas perennes.
Y camachitos escupiendo una canción.
El halcón desde arriba precipita.
La noche del ratón, en que extenuado.
Regocija la caza tempranera.
Con los elementales ratones camperos; ignorantes.
De sangre y cieno, exhortos, embusteros.
Vivencias sin final. Mis cuatro hermanos.
Por orden de estatura y de edades.
Primero Adita, con su chupa azul.
Después Javier, sentado en la azotea.
Y después yo; sonriendo al viento.
Para terminar Nines instalada allí en medio.
Y Txema, tan guapo y tan ardiente.

Las once y diez.

Bailábamos zorzikos.
Su carne prieta, al aire, descosía fantasmas.
Y un ángel bello alumbraba en la noche.
Las once y diez; ya llega; apostado en el porche.
Vente a bailar conmigo las ondas jotás buenas.
Esperanza de abriles que no hube hollado.
Pues que follar es pisotear gallinas.
Nunca te follaré. No insistas.
Traigo la gabardina.
Porque llueve en mi alma. Yo te estoy esperando.
Para decirle al sol que el clima está templado.
Y decirle a la luna cuanto ella pueda oír.
En sus campos de mieses, españolas, profundas.
Vine para tragarme esta copa de vino.
Contigo y con Daniela. Nadie más esperando.
El burdo antifaz con que quieres cubrirte.
De una noche temprana en que los dos gocemos.
Y un amor repentino, en que luchan las olas.
Allá en el rompeolas, con perfumes de hierro.
Ferruginosas aguas las del río Bermejo.
Son saliente. Tez rubia. La verdad en los ojos.

Y tú no vienes.

Cautivadoras líneas que a mi hija has dedicado.
Perfil en que te muestras insolente.
Verdades como puños, inconscientes.
Y una dirección prescrita.
Rabos de pasa para la memoria.
Ancas de rana para el paladar.
Semen de ballena para los lápices.
Labiales cremosos de muchos colores.
Pintauñas de olor y color extremados.
Herraduras de caballo viejo.
Ñordas de vaca junto a los adoquines.
Ceniza de un cigarro en el alcorque.
Y tú no vienes. Yo te estoy esperando.
De mil amores te serviré un café
traído de Colombia por Beatriz.
Servido en un pocillo para ti.
Quiero que llegues pronto, arrebatado.
Quiero que me concedas un deseo.
Quiero que me desnudes poco a poco.
Como tú sabes.

Llegaste.

Aristas implacables y resueltas.

Curvadas formas de la tierra mía.

Elefantes sin dueño y con la trompa alzada.

Búhos nocturnos donde aprendí a quererte.

Y tú allí, mi amor.

No vienes...

Rompeolas de nubes iridiscentes.

Espuma concentrada en el rompiente.

Cadalso, Antonieta y la Revolución Francesa.

Nubes de polvo surgen desde la pala del pintor.

Y tú allí, mi amor.

Ya vienes...

Transidos nichos de huesos poblados.

Oscuras osamentas alcornoques.

Visión degradada de la noche.

Sendero oscuro, rodeado de árboles.

Y tú aquí, mi amor.

Llegaste.

Bonitos sueños.

Abrazábamos las olas, dulce albergar de mis instantes locos.
Sujetábamos la palmera, prolífica con sus dátiles.
El otoño quizá alza su ojo de cíclope.
Y solamente tú sabes lo que mi alma calla.
Robábamos bolígrafos en ‘fister’. Pinceles, bolis, sacapuntas, tijeras...
Nos poníamos el mundo por montera.
Y cogíamos un tiesto al de la floristería.
Calmadas las hojas de los árboles.
Los patos en la orilla, con sus cuatro crías.
Y un cisne disfrazado de patito feo.
Me voy contigo, amor, al confín de los tiempos.
Y él, desde el teléfono se ríe.
Se parte el culo, pobre peregrino.
Es tremenda la noche.
Al alba cantarán los jilgueros y los mirlos.
Felices sueños. Dormir en paz.

Volverás a las fuentes.

Las dudas me hacen ver fantasmas.
Por lontananza, donde no llega nadie.
El viento peina tus trenzas al instante.
Y la luz ilumina las mañanas.
Tardes de lluvia. Ríos de sentimiento.
El tropel apostado en tus mejillas.
La noche oscura templea presentimiento.
Y la sombra se adueña de tu hebilla.
Acartonado pantalón vaquero.
Camiseta obsoleta y desteñida.
Un libro entre sus manos y un donaire.
Las fechas agarradas y anodinas.
Sendero verde donde el sol se aposta.
Rodeado de bosque bosquejado.
Sendero verde en que al caer la noche.
Se haya prendido, corazón ilusionado.
Corren los ríos que van a los mares.
En paralelo transcurrir transverso.
El hombre allana su trayecto corvo.
Y un mirlo canta desde tu ventana.
Volverás a las fuentes y luceros.
Donde un día recitaste mis versos.
Volverás; yo estaré esperándote.
Siempre cabal y siempre ilusionado.

Subíamos la cuesta.

Subíamos la cuesta con los pasos tardíos.
Cansados, ateridos, lluviosas las mañanas
Por el frente una nube plumiza nos bañaba.
Al sur, ese sol tenue que no calienta nada.
Mirad: ya casi llego a encontrarme con él.
Mi viejo amigo Julio con quien tan bien lo paso.
Hoy nos vamos al Prado a recorrer museos.
Mañana quizá alguien pinte unas acuarelas...
Pero errar no quisiera, como pasó otras veces.
Esta vez no, mi niña, ahora es el momento.
Julio te quiere; te aprecia demasiado.
Demasiado es muy poco para un alma cansada.
Viene en tu búsqueda. Te tiene atendida.
Bebe los vientos por los que tú pasas.
Hazme un favor; no digas nunca nada.
De este tremendo Amor en que estoy enredada.
Brilla la noche oscura y transparente.
Los relojes se alinean: ya casi son las diez.
Hora de despedirse. Llámame cuando llegues.
Y un beso en la boca. Ya te veré después.

Con perfumes de plata engalanada.

Buscábamos el aire a bocanadas largas e imperiosas.
La boca muy abierta, el eco marchitado.
Vuelta la cara hacia la luz que un día,
en ti se había esfumado.
El cuerpo dolorido. Distante el semblante.
Flojas las piernas. Arrastrando el paso.
Inseguros andares tenebrosos, volátiles.
Y un ramo de tres rosas en la mano.
Iré a acariciar a la luna esta noche.
Sombreada noche, brillantes las estrellas.
Mi hermana allí; Venus la iridiscente.
Mi padre al lado formando el carro de la Osa Mayor.
Bailan los aquelarres por Goya bien trazados
Salen las brujas de sus escondites.
La noche se hace espesa entre gélidos tragos.
Vomiteras y eructos de burros anegados.
Y allí, en el claro. Una luna dibuja su sombra.
Con perfumes de plata engalanadas.
Con perfumes de plata engalanada.

Psiquiatría. Planta 2-B

Pasos blandos, pasos presurosos.
Al confín del pasillo, espumosos, ladinos.
Pasos de hombre o mujer, pasos hermosos.
Pasos de agricultor estremecidos.
Pasos.
Pasillo largo de hombres y mujeres.
Con las habitaciones a los lados.
Al fondo una ventana cerrada con llave.
Al sur la lencería.
Miradas que se cruzan al pasar.
Sonrisas que se expanden al pisar.
Pesares que son menos al cantar.
Mi canción preferida del momento.
Pasos. Pisadas y un corazón que se esconde.
Oye. Allá en el baño.
Cigarro en mano. Mechero rojo.
Aguanta nervioso la respiración.
Alguien abre la puerta de la habitación.
Es Raquel, la enfermera, que olisquea el aire.
Dulce aire de mayo, de paisajes puros.
Desde la prisión donde yo me hallo.
Pasos y pisadas. Pisadas y pasos.
Y mi corazón corre desbocado.
Taquicardia rítmica de reloj en mano.
Pulsaciones altas. Corazón herido.
Arteria en que fluyen las aguas del río.
Sangre roja y tierna, recién estrenada.
La siento y la siento en la madrugada.

¡Madre mía, Carmen!

Jalábamos la tarde con mariachis de radio.
Escribíamos versos sin un cigarro en la mano.
Componíamos estrofas musicales, en 3D dibujados.
Cama de hospital. Mi oxígeno frente a la almohada.
Quiero un cigarro Yoli.
Yo te lo lío con American Espirit.
¡Vamos a tu cuarto! ¡No; mejor al tuyo! ¡Vamos pues!...
Pero en mi cuarto está el oxígeno.
¡No pasa nada!
¡Dentro!
Y vinieron las auxiliares y Enfermeras a embroncarnos.
¡Madre mía, Carmen!

Anoche soñé contigo.

Anoche soñé contigo.
Ibas camino del mar.
A fletar tu barca chica.
cerquita del olivar.
Anoche soñé contigo.
Que te sonreía la luna.
Versos en boca partidos.
Mantecas en la mi cuna.
Anoche soñé contigo.
Hija del mar, marinera. Jazmines en el regazo
.Ya apuntabas maneras.
Anoche soñé contigo.
Y con los hijos de Zeus.
Alta su jaca morena.
Elegante a su manera.
Anoche soñé contigo.
Y he despertado contento
Porque le das cuerda al mundo.
En tremendo movimiento.

El tiempo corre.

Constante en su mirar.

Ademanes de hierro.

O de hielo de invierno, impenitente.

Llegó sin desconsuelo.

Marineros que lanzáis las redes.

En pos del boquerón adamascado.

Decidme; pues el tiempo corre...

¿Dónde quedó mi amado?

Poder soñar.

Desearía emplear palabras luminosas.
Como el sol del verano a las doce en punto.
Pero el otoño oscurece con su llanto.
Me prometí hacerle eco al viento.
Rebusqué entre las páginas del libro.
Aquel vocablo amable en que me encuentre cómoda.
Gallarda y fuerte en mi debilidad.
Luché contra las olas levantiscas.
Icé la vela de barlovento.
Y, exhausta y temblorosa, mis pies resbaladizos.
Bramaron al chocar contra la proa.
Todo mi cuerpo se llenó de brea.
Mis cabellos, salobres como el mar.
Mi traje hecho jirones apenas me abrigaba.
Y, exhausta y temblorosa, me lancé a nadar.
Cautiva de mis sueños. Sólo puedo entender.
Que quizá algún día ella regresará para salvarme.
Sólo eso me mantiene: poder soñar.

Llegó la primavera.

Cruzaste por la acera de la izquierda. Bulevar en que caben mis recuerdos.
Preñado el árbol de hojas exultantes. Llegó la primavera.
Muñeca al sol con los cabellos de oro.
Lavados por la niña de mis sueños.
Dulces aromas salpican la avenida.
Destilando un sabor a hierbabuena.
Clamorosos los valles y los ríos.
Los pájaros del cielo entonan el Adagio.
La batuta batiendo como lápiz de seda.
Y una mano acercándose a mi niña.
Para poder acariciar su seno misterioso.
Palmas sonad. Estruendos matutinos.
Vírgenes, abandonad el rezo.
Que estoy aquí esperando en el olvido.
De aquel furtivo beso.
Jinetes que cabalgáis ebrios de viento.
De brisa submarina y de hondonada.
Marineros de la mar salada.
De corazón partío y sentimiento.
¡Venid aquí!, pues que os estoy llamando.
No demoréis el paso, yo os lo pido.
Caballeros con yelmo bien bruñido.
Y de malla dorada, trenzada en pensamientos.
Nunca olvidéis lo que vine a deciros.
Quiero daros la buena nueva pronto.
Que las nieves al río se han vertido.
La primavera llega para todos.

Llueve en mi corazón.

Llueve en mi corazón.
Ayer cumplí años y ella no vino a darme un beso.
A desearme felicidad.
Salud y felicidad.
Tal como yo le deseo a ella, siempre.
Laura es mi linda hija.
La hermosura de los campos.
La paz de la mañana.
Y no puedo.
No puedo más estar sin ella.
Sin poder verla y abrazarla.
Y fundirnos en un tierno reencuentro que me dará la vida.
Porque sin ella mi existencia se resiente.
Mi corazón no deja de sangrar
Y yo quiero pedir ayuda.
Pero me están vedadas todas las puertas.
Mis anhelos más profundos se esfuman en una pertinaz indiferencia.
Y grito. Y me desgañito. Y busco una salida.
Algo tangible en lo que sujetar mi pobre alma golpeada.
Y no encuentro la solución.
Laura. Si me escuchas...Laura.
Si por casualidad te llegan estas letras.
Quiero que sepas que muero por ti.
Que te necesito.
Que por favor, vengas en mi ayuda antes de que sea demasiado tarde.
Porque siento que mis débiles fuerzas se resienten.
Quiero que sepas que te amo.
Que te quiero y necesito.
Y que no; no me acostumbro a estar sin tí.
Sálvame, amor mío.
Lo tienes en tus manos.

Bullen en los álamos.

Grandes mujeres bullen por los álamos.
En días de calor prestan fragancias.
Corretean sinuosas y su infancia.
Se ha tornado opaca y sin nostalgias.
Ya no recuerdan nada de lo pretérito.
Obtusa su memoria inmaculada.
Llegar a la treintena ya es un mérito.
Cuando se trata de amargas circunstancias.
Momentos de dolor incomprensible.
Diagnósticos que aún andan rondando.
Episodios que no obtienen tratamiento.
Caos y enfermedad siempre acechando.
Pasan los años y esos episodios.
Se recrudecen con los mal ajustados.
Medicamentos, que al ser tomados.
No hacen sino torcer el desvarío.
Pero ya no. Ya algo he aprendido.
Doctores tiene la Santa Madre Iglesia.
Descanso, alegría y dieta es la receta.
Para sobrellevar los desatinos.
Y en toda esta maraña monstruosa.
Mi anhelo fue y es recuperarlas.
¡Harta tarea! Hoy desaprensivas.
Nada quieren saber de su madre amorosa.
Debo tener dos nietos en algún escondite.
O tal vez más. He perdido la cuenta.
Y ese amor no entregado me corroe.
Igual que un ratoncito con su queso.
Ya me vuelvo a encontrar. Triste mirada.
Ya retrocedo al paso del desprestigio.
Ya quisiera avanzar en otras lides.
Ya naceré otra vez sin un vestigio.
Ya se acabó el implorar templanza.
Palabra altiva y decepcionante.
Trenzo las crines del caballo hermoso.
Y galopo sin freno a otros lugares.
Ya me cansé de esperar...
una voz cantarina y un te quiero.
No puedo más...
Sin fuerzas y esperando yo me muero.

Cansada ya.

Cansada ya de recorrer caminos de concordia.
Puesto el sentido en lo que más me importa.
La cerrazón me impide seguir hacia adelante.
Necesito un respiro ante tanto desplante.
Ahora soy yo la que rindo sin fuerzas.
Mis propias hijas ahora me desprestigian.
No contestaré a ecos de historias infundadas.
¡Toda la vida al traste!... No hice nada.
O hice mucho, quién sabe, grandes errores.
Maltratos y traiciones a mansalva.
Propinados por mí. ¡Maldita incauta!
Alejados de mí... inexistentes.
No hay traición más grande que una mentira mal pronunciada.
No hay error más fiero que el perdón que ya no espero.
Polizones de un barco abandonado.
En la bahía amarrado con su ancla.
Siniestras calaveras van flotando.
Entre las maromas fuertes y las lanchas.
Fantasmagóricos gestos del absurdo.
Moribundos destellos de un te quiero.
Bordados de flores de amaranto.
Y una noche de amor como un destello. Ya no espero nada. Sólo a ti: muerte

No me doblegó.

No me doblegó el trabajo.

Tampoco la sinrazón.

Me doblegó la desidia.

Que encuentro en tu corazón.

Ellas.

La ventana entreabierta apenas dejaba pasar la luz.
Haces simétricos se colaban por entre las rendijas.
Fuera hacía mucho calor, casi africano.
Los niños jugaban en casa esperando que dieran las nueve.
Una pareja antigua paseaba a sus perros.
La madre preparaba un bizcocho con amor.
Las flores bajaban la cabeza en espera de las sombras.
El alquitrán de la carretera parecía blando.
Hacía calor de verano. Derretido corazón.
Manchado apenas sus curvas por la desazón.
No te atormentes mi niña, la vida es injusta.
La moneda de cambio es falsa. Respiran usura.
Hago cantar a mi abanico tiernas canciones.
Poemas ocultos que hasta mí han llegado.
Para olvidar el tedio de otro día sin ellos.
Sin tener noticias. Sólo con desvelos.
Absurdos desvelos de desesperanza.
Tierras prometidas que nunca se alcanzan.
Brumas y tormentas. Soledad. Presagio.
La ventana abierta junto al relicario.
Sus fotos de antes a la vista están.
Las han olvidado en algún lugar.
De su alma errante y equivocada.
Furia inconsciente y acalorada.

Cantarinas aves.

Cantarinas aves que a tu fuente van.
Su buche encendido de añil y de mar.
Picotean alegres los rosados frutos.
Granados, cerezos, picotas, arbustos.
Se para la niña bajo el pino frondoso.
Sus manos albergan agua clara y fresca.
Anidan alegres los mirlos en ellas.
Y los mandarinos, regados, ociosos.
Voy a ver al hombre que me ha de casar.
Con el muchachito que hay en mi lugar.
La niebla temprana tendrá que girar.
Por entre los bosques, allá, al despertar.
Bruma tempranera, semejante al humo.
Se cuela, impasible, por las espesuras.
Corriendo amanecen las frutas, tersuras,
De una fuente diáfana que surgió sin tino.
Mañana domingo me voy a casar.
Con el muchachito que hay en mi lugar
Trompetas, clarines, arpas, ¡Desfilad!
La música es bella. Hay que aprovechar.
Seré la doncella más feliz del mundo.
Por las espesuras correrá una sombra.
Inquietas, las aves inician su vuelo.
En los altos montes comienza el deshielo.
Bordaré las sábanas con sus iniciales.
Me gustan los hombres francos y leales.
Tejeré toallas. El ajuar completo.
Y yo animando bellos sentimientos.
Mañana domingo te daré el te quiero.
Sonreirá mi madre. Arará el labriego.
Y tú con tu estampa, fino caballero.
Tomarás mi mano, emocionado y tierno.

Mañana llueve.

Mañana llueve.

El futuro es incierto sobre mi almohada.

Llegan ecos de luchas muy trasnochadas.

Voy escribiendo.

Luces de amaneceres blandos y tiernos.

Vuelve a mi lado

Enterremos las hachas. No pelearnos.

Si yo pudiera.

Transformar esta guerra en primavera.

Que mi madre es gitana.

Rizos dorados, blancos, viste mi niña.
Bordadillos violetas allá en el prado.
Corre a la orilla.
Que el viento señorea junto a mi barco.
Olas gigantes.
Despertares atónitos cubriendo chales.
Márchate pronto.
Que mi madre se ha ido con sus retoños.
Vuelve a la orilla.
Que mi madre es gitana y lleva hebilla.
Cosida con cien hilos;
salta a la vista.
Flamencos otoñales allá en Doñana.
La primavera alumbra junto a mi hermana
Roca que rueda.
Sísifo trashumante, castigo, piedra.

Corre a mi orilla.

La golondrina vuela con una gota en el pico.
Tras ella, en la avenida, brinca mi niño.
Juega a la rueda rueda, rueda rodando.
Caracolas de trigo se van formando.
Espliegos y jazmines jalonan pronto.
Por el serpenteante camino corto.
Azucenas, geranios, laurel, violetas.
Y una nana cantada pá que la entiendas.
Busca niña el rincón
Que después de la azada viene el pilón.
No insistas siempre.
Que las flores del huerto visten de verde.
Amarillos y rojos por la avenida.
Lilas, naranjas, fucsias, dan bienvenida.
A los atardeceres sintetizados.
En paleta pasteles y satinados.
Corre a mi orilla.
Que la tuya está llena de gente pilla.

Te vendrás a mi fiesta.

Volando va el mirlo negro con pico naranja.
Volando va el jilguero con sus largas galas.
La cigüeña planea camino de la torre.
El ruiseñor despierta ecos de mis amores.
La luz, engrandecida; nueve de la mañana.
Ya ha despertao mi niño. Gritos al alba.
Sueña con querubines muy alocados.
Desechos de virtud. El torso alado.
Mira esta linda rosa que ha florecido.
La sombra de la madre relampaguea.
Yo estoy aquí pendiente, templando el hilo.
De los acantilados, locos de veras.
Te vendrás a mi fiesta, niña, temprano.
Yo te estoy esperando tras los bananos.
Tras los bananos, niña, tras los bananos.
Te vendrás a mi fiesta, niña, temprano.

Amigo. Padre.

Amigo.
Padre.
Buen corazón.
Amigo.
Padre.
Buena impresión.
Ejemplo vivo de lo que debo.
Testigo mudo de mis anhelos.
Canción con música que oigo entre sueños.
Domingo a la mañana; sus ojos tiernos.
Suave el momento.
Bossa Nova enunciada.
Ritmos al viento.
Sonrisa en boca.
Sonrosadas mejillas.
Rojo en los labios.
Y una luz mañanera sin despilfarros.

Amarilleaba el alba.

Amarilleaba el alba.
Clareaba la aurora.
Se encendían las luces de la noche.
La luz salía en racimos transparentes.
Se adueñaba del ocaso.
Trasapasaba puertas y ventanas.
Se colaba entre las rendijas inhóspitas.
De un haz de claridad temprana.
Papá dormía plácido.
En el bello claroscuro.
Decía: yo seré el próximo.
En alcanzar el día.
Reinaba la paz equidistante.
La armonía iba repartiendo flores.
La quimera entre trotes despuntaba.
Al final de la noche.

Vuelve.

Con todo el orgullo.
Pero sin orgullo.
Tragando las lágrimas.
¡Último festín!
Mirando sus venas aún azuladas.
Despejando el vuelo del atardecer.
Comíamos las uvas rojas y violetas.
Entre la calima de mi juventud.
Que nadie separe lo que Dios ha unido.
Salvo si te hacen vida cresa en tu nido.
Vuelva la luz.
Y vuelve tú, padre; te necesito.
I nice you, padre, castillo errante.
Vuelve a nosotros. ¡Resucita! Regresa pronto.
Cuento contigo.
Mi amor profundo llama implorante.

Te cantaba canciones.

Te cantaba canciones de Roberto Carlos.

Mi querido, mi viejo... ahora lo echo de menos.

Cuando llamo a Papis sólo se pone ella.

A papá algo inconsistente le ha apagado la luz.

O quizá ve demasiado.

Tanto que se deslumbran.

Y no alcanzan a ver algo tan pequeñito..... como yo.

Papá dirige mis dedos.

Hacia tiernos compromisos.

Primero: Te querré siempre.

Segundo: Ellos lo mismo.

Agur Jaunak.

Lloramos intermitentemente.
Como la lluvia tras la ventana.
Agua de mayo, bendita y pura.
Con la que recibiste sepultura.
No está. -me digo-, se ha esfumado.
Y se ha ido desnudo como el día que nació.
La madre, siempre ocupada.
En rondarle todo bien....
Sobre la piel.
Abuelita, Mamá, Nines,
Venid acá.
Que ha cerrado los ojos Lorenzo.
Es su final.
Adiós papá
Jaunak agur.
Agur terdí.

Preguntaba.

Preguntaba al océano por las olas de la bahía.
Y no sabía nada. Le pillaba muy lejos.
Lejos de la costa. Ingrata travesía.
Salpicada de corales rojos y azules.
Preguntaba al arroyo si había visto al río.
Sí. Por allí bajaba entre los grandes riscos.
Descolgando frenético su lengua de cascada.
Mientras el sol acecha tras esa madrugada.
Preguntaba al caballo si había visto al pony.
Creo que salió hace rato con uno de mis niños.
Pero no estoy seguro porque he estado ocupado.
En desfiles marciales, cabalgar inusitado.
Preguntaba a la Virgen si había visto a mi padre.
¡Claro! Lo vi entrando por las puertas del cielo.
Cruzando el Gran Arco de personas humildes.
Hacia sus aposentos, con toda su familia...
Preguntaba a mi abuela si había visto a su hijo.
Sí; lo tengo a mi lado, la cintura fruncida.
En todo alrededor. Gratas verdades.
Hombre justo hasta el fin. Humilde y tierno...
Preguntaba al azar si alguien lo había visto.
Y el azar respondía con prisa inusitada.
Sí. Lo he visto prendido de la cuerda de un globo.
No sabe que más alto ya no puede subir.
Preguntaba al silencio y éste me recordaba.
Que se marchó tranquilo. Sin aspavientos.
Pregunté al viento por si lo vio pasar.
Y el silencio, callado me dijo la verdad.
Preguntaba a mi alma si podré reencontrarme.
Con tan hermoso ser. Si yo podré escucharle.
Las cosas que decía. Abierto el Diccionario.
Y en el cielo presente con mis antepasados.
Y mi alma, afirmativa, soltó un sí acelerado.
Las crines del caballo ya se han despeinado.
Al galope traspasa los ángeles de luz.
Porque te has marchado. Te nos has ido tú.

Y por fin salió el sol.

Alegraos hermanos, él ya ha nacido.
A una nueva dimensión donde todo lo vé.
Todo lo oye, e incluso todo lo aprehende.
Como en sus mejores tiempos, él está allí.
Percibid el horizonte de una noche estrellada.
La luna llena incorpora sus acordes de amor.
Las estrellas tililan al compás del aire. Lluve.
Y la inmensa lluvia es como un dolor.
Carabinas de musgo. Volvimos a vernos una noche.
La misma mirada, la misma pasión.
Los mismos ojos bellos donde prima el silencio.
Ojos de océano que desean rechistar.
Bailando vuelve por los caminos.
Enjuto el gesto; hombre de bien.
Yo quisiera; darte mi vida.
Parte de ella de la que me siento orgullosa.
Despojada de errores innombrables.
Y por fin salió el sol. Imperturbable.
Orondo y naranja; estimulante.
Vamos al cielo a encontrarnos con él.
Ya sólo siento el placer de saberle vivo.
Aquí... junto a mí.

Una farola eterna.

¡Es un caballo realmente precioso.
Sus crines pelirrojas brillan al sol.
El lomo terciopelo anega el ojo.
De cuantos, en presente, bailan al son.
¿Cuántos delirios deben pasar?
Para que me conjugues el verbo amar....
.Como él sabía.
Sale del alma bella la mi poesía.
Luz en el cruce.
Una farola eterna.
Tu boca aduce.
Cogeremos tesoros, se reproducen.
La niña llora.
Ha perdido a su padre tras la farola.
Luna creciente.
El organillo canta a la noche ausente.
Y yo en camino.
De recoger tu cuerpo con dos testigos.
Luna lunera.
Hoy colmados de panes, mañana en guerra.

Cariño arrabalero.

Cariño arrabalero, creciente e inocente.
Perturbadas las flores que te dan compasión.
Castillos en la arena donde nada pretende.
Más que el volver a verle a través de visión.
Nacidos hermanados, nuestra vida es la tuya.
Ángel que no ha caído sediento de amor.
Valiente, tierno, bello. Cabello relumbrante.
Y una pequeña huella de superior postín.
Nadas entre tus tierras. No autorizas traiciones.
Juntos los corazones que pronto van a amar.
Sedientos de justicia sus labios relampaguean.
Odas de peregrinos sin saya y con puñal.
Tango. Mi tierra hermosa. Tango. Tu linda rosa.
Tango; camino y vida que nunca ha de tornar.
Tango príncipe inmenso. Camino nunca hollado.
Donde los ciudadanos pronto recordarán.
A este hombre extraordinario que ha dejado este mundo.
Tumbas judías donde no casa tu osamenta.
Queríamos traerle, impávido el semblante.
Y el cuerpo dolorido y con olor a tierra.
Te has revolcado.
En la lucha ganaste.
Un lugar hacia el cielo
Jesús te lo entregó.
A ti siempre, papá.
Siempre tú.
Siempre así. Siempre, papá.

¿Dónde?

Martes. Fiesta. Dos de mayo.
Día de la Comunidad de Madrid.
Y tú no estás ya entre nosotros.
Martes. Lloro. Dos de mayo.
Otro día más sin verte.
Tristeza sin fin.
Desamparo.
¿Dónde?, ¿dónde vas? ¿Dónde estás?
Sabemos que muy cerquita de Adita.
Muy cerquita también de nosotros.
Notamos tu alma próxima.
Allá en el valle.
Martes. Fiesta. Lágrimas suaves.
Tanto como tú. Papá.
Siempre Nuestro.

Como vuelan las aves.

Como vuelan las aves a encontrarse con los cirros.
Nubes algodonosas que rebosan agua de abril.
Como nadan los peces en aguas cristalinas.
Tú nos dejaste una preciosa tarde de primavera.
Clara. Tan clara como tú.
Como caminan los elefantes hacia su tumba.
Como se aparta el macho herido de la manada.
Como el león va a encontrarse con su árbol.
Así llegaste tú al encuentro de tu amada.
Clara. Tan clara como tú.
Como los niños se te acercaban, felices.
Como tú les contestabas con amor.
Como tus hijos te profesaban ese cariño inmenso.
Así vimos tu luz, tan ardiente y vibrante.
Clara. Tan clara como tú.

Sin hacer ruido.

Serían más o menos las ocho de la tarde.
Sentado en su sofá ve pasar las horas.
Aún tiene que romper un sinfín de papelitos.
Que cuidadosamente deposita en una bolsa de plástico transparente.
Y no. No es cierto.
Ya no está sentado en su sofá viendo pasar las horas.
El carrillón dice que ya son las ocho y cuarto.
Ya nadie rompe un sinfín de papelitos.
Que cuidadosamente van a parar a una bolsa de plástico transparente.
Quisiera que retrocedieran los días y las horas.
Que el gran reloj del salón dejara de funcionar.
Quisiera un punto y seguido y no logro concretarlo.
El ordenador solamente responde al punto y aparte.
Sin hacer ruido.
Como él nos dejó.
Sin hacer ruido.
Despedida hermosa.
Sonrisa en la boca.
Sin hacer ruido.
Y yo no sé proseguir.
Se me queda pequeño el vocabulario.
¿Cómo poder explicar?...Todo cuanto nos ha enseñado.
¿De qué modo plasmar?
Como si de un óleo se tratara.
Todas las perlas que nos regaló con su sabiduría.
Su prudencia. Su sentido de la justicia.
Y su tremenda, humana, honestidad.
Como un río que corre hacia el océano.
Así él nos dejó.
Sin hacer ruido.

Lorenzo.

Cansado el caminar.

Su nombre sin edad...

Lorenzo.

Bandada de bondad.

Seguro al despertar...

Lorenzo.

Patriota sin igual.

Honesto y justo andar...

Lorenzo.

Te entregas al partir.

Caballo sin su crin...

Lorenzo.

Sueñas con cabalgar.

Campos de mies; lagar...

Lorenzo.

Amor e inmensidad.

Tus manos saben dar...

Lorenzo.

Tiemblas al verte allí.

Donde nada fingí...

Lorenzo.

Eres el sol radiante.

Que desfila en la noche.

Lorenzo.

Cupido me lanzó

La flecha con tu amor...

Lorenzo.

Y llegó el día

Y llegó el día.
Nunca lo esperamos.
Pensamos que seguía canturreando.
Y cortando milimétricamente papelitos.
Pero él estaba a otras cosas.
Tristes acontecimientos.
Quizá felices para él.
Quizá corría al encuentro de esos padres.
Y de esa hija.
Y de ese hermano que le antecedió.
Y llegó el día.
Soleado día de primavera.
Un jarrón de lilas adornando el salón.
Perfumándole.
Papá quería decirnos que se iba.
Que había llegado su hora.
Pero tembló al pensar en el hueco que dejaba.
Y entonces el silencio abarcó salas y dormitorios.
Y él murió feliz.
Feliz por tan hermosa despedida.
Tan sólo unas horas antes.
Riendo como un chiquillo con sus bisnietos.
Sin edad...Y llegó el día 17 de abril de 2017.
Rondando la noche te marchaste.
Feliz de haber compartido.
Tus horas con nosotros.
¡Tanto nos amabas!
Que no quisiste decirnos nada.

El sillón que ocupaba está vacío.

El sillón que ocupaba está vacío.
El babero que se colocaba al comer ya no sirve.
Las canciones que cantaba ya no suenan.
Los besos que nos daba ya no vienen a traernos un pedacito de su alma.
Pedacito de cielo que ha volado.
Hacia espacios profundos como el mar.
Muchas canciones. Muchos versos.
Muchos poemas de amor revertidos.
Mucho calor. Muchos desvelos.
Mucho amor de padre esculpido.
En una gota de agua que es océano.
En un dulce suspiro lleno de aire.
En su dulce mirada cuando pide a Dios que no nos pase nada.
Familiar y prudente. Honesto y justo.
Caballero de gracia y bello busto.
Maravilla de hombre. Enjuto el gesto.
Y una sonrisa tierna siempre presto.

Domingo de primavera.

Domingo.
Las amapolas languidecen.
Los geranios se llenan de luz y de color.
El rosal se expande.
Es primavera.
Mi padre está aguardando una visita.
Nos espera sonriente.
Sabe que llegaremos a rezarle.
Y a dedicarle bellas palabras de amor.
Primavera.
Llueve sobre mi almohada.
No me resigno a no verle nunca.
Nunca jamás.
En mi retina guardo sus últimos momentos.
Serenos y sonrientes. Cantarines.
En mi pecho cobijo todos esos recuerdos.
Bellos recuerdos que me atañen.
Que hablan de su singladura por la vida.
La vida y su familia.
Irrenunciables y épicos.
Casi únicos.
Él nos amaba tanto...
Domingo.
Es primavera.
La pertinaz lluvia nos recuerda.
Que él aún vive entre nosotros.
Lágrimas de San Lorenzo adelantadas.
Sólo una estación.
Y yo le quiero; se lo digo siempre.
Se lo digo ahora. Se lo dije ayer.
Lo diré mañana.
Y en todo momento.
Porque es la verdad que me atrae a él.
Papá. Guárdame un sitio en tu sepultura.
Quiero estar cerca, muy cerca de tí.
Quiero tu mirada y quiero tu aliento.
Y quiero el consejo que me das al fin.
Primavera, padre. Muerte engalanada.
Cuarenta gomeles trotan a tu paso.
Hacia el camposanto que alberga tu ocaso.

Descansas lleno de paz y entre la nada.
Y tu alma limpia verterá, como siempre, su canto.

Pero no fue un sueño.

Despejado lunes de Resurrección.
Despejada luna más grande que el sol.
Nubes barridas por vientos elíseos.
Trote de ponys en campos de mies.
Papá se levanta, feliz, de su siesta.
Son las siete en punto. Su mujer y él.
Juntos, como siempre, Beso en servilleta.
Reflejo del aura que viene de Aquél.
Papá que me pinta dulces acuarelas.
Que conservo intactas, como agua de mar.
Acuarelas lindas, de bellos colores.
Paleta manchada, de pastel y de alma.
Alma pura y digna, como mi papá.
Cantaré a los cielos lo que yo soñaba.
Quería que fuera feliz para siempre.
Más ya no hace falta que llegue septiembre.
Porque feliz fuiste a encontrar el alba...
Y ya no estabas.
Vivías en nosotros; en todos nosotros.
Trocitos de luna donde me asomé.
Tu recuerdo impregna lo que codo a codo.
Sentimos por ti. Todo eso soñé.
Pero no fue un sueño. Fue la despedida.
Que descalza viene un beso a posar.
Desnudo y gastado por tantos anhelos.
Y en conjugaciones con el verbo amar.
Testimonio vivo; ternura infinita.
Dulces despertares con música clásica.
Domingo. Pan frito. Quinta de Beethoven.
Tercer movimiento. La furtiva rosa...
Que implacable llama, queriendo adoptarla.
Y el Agur Jaunak, llorando en los ojos.
Y en las gargantas abrasando.
Tenemos un padre.
Un padre hermoso.
Puntual acude a consolarnos.
Cómo decirte sin aspaviento...Papa, te quiero.

Papá, te quiero.

Papá. Mi dulce papá.

Aquél que me revisaba, puntuaba y mejoraba mis escritos.

Papá. Que hubiera querido verme como escritora en la Feria del Libro de Barcelona.

Un Sant Jordi cualquiera.

Podría haber sido el anterior o el siguiente...

Pero fue esta edición.

A menos de una semana de su fallecimiento.

Él estaba allí, conmigo.

Notaba su presencia.

Él me corregía, me tachaba y me añadía.

Y yo feliz porque él estaba allí conmigo.

Papá: te quiero, le dije.

Y él me sonreía con esos ojos limpios que nunca olvidaré.

Con esa sonrisa inmensa y sincera que siempre recordaré.

Papá, te quiero, le decía.

Y él asentía removiendo el gesto.

Papá, te quiero.

Y él pospuso las correcciones y me dio un abrazo profundo y tierno que no olvidaré

Papá.

Papá. Bella flor silvestre que hemos encontrado.
Hombre, sobre todo, fiel, inmaculado.
Honesto y fiable como agua de mayo.
Calidad suprema, bello ser, hermano.
Tu mirada posas en el ser humano.
Atajas errores ajenos y engaños.
Yo daría mi vida por tenerte al lado.
Sobre la colina; luna y estrellado.
Te vas de este mundo con una sonrisa.
Para todos nosotros. ¡Tanto te queremos!
Que he sentido anoche tu brisa, sin prisa.
Y a mil angelitos a tu lado, tiernos.
Te vas de este mundo con una sonrisa.
Peculiar y tierna, como todo tú.
Tu esposa del alma guardará el recuerdo...
Sabrá que estás cerca del niño Jesús.
Yo quisiera extenderme, llevarte con nosotros.
Corazón que latió hasta el fin con amor.
Tus bisnietos rondando en tu sentir,
ignoro, si dejaste en ellos todo tu corazón.
Imagino la lluvia de estrellas, que presurosas van.
A darte la bienvenida... noche de lunes. Papá

Jamás me confundiré.

Cabalgando por la vega
Vega del Guadalquivir.
La chiquilla fue a la era.
Y allí es donde yo la ví.
Vi sus dos trenzas muy rubias.
Despeluchados cabellos.
Que al sol quieren imitar.
Cuando ensalza tus reflejos.
Niños de aquí y de allá.
Venid prestos a escucharme.
Que puede que no sea ná.
O puede que sea bastante.
Pastorcito de Belén.
Tú, que has visto cerca al niño.
¿Por qué ahora quieres matarle?
Tras el cerco y hacia el pino.
Jamás me confundiré.
Otra vez no, voto a Bríos.
Jamás me equivocaré.
He la lección aprendido.
Que no se pueden meter.
Individuos indeseables.
No te das cuenta, mujer;
te pueden dar con el sable.
Y mi canción se termina.
Mi voz ya no puede más.
Y mi canción se termina.
Suicidio. No puedo más.

Galopando la noche.

Corazón partido, tú que tienes.
De tu duelo, perfecto sentimiento.
Del llorar asfixiado entre la almohada.
Del torcido cabalgar de ese jinete.
Galopando la noche se ha fugado.
Globo amarillo que señoreas.
Galopando en su contra se han hallado.
Las flores de mi huerta.....iluminadas.

Monigotes de barro.

Monigotes de barro que diseño indolente.
Caras, brazos y piernas se dibujan sin más.
El cuerpo enrojecido por camisa encarnada.
Y el árbol de un ahorcado que se atreve a avanzar.
No quiero más errores. No quiero más dolencias.
Me quiero suave y sana, con proyectos sin fin.
Quisiera entretenerme con mil y una potencias.
Y con un diccionario que consulto por tí.
Quisiera entretenerme, dibujando tu rostro.
Imagen limpia y blanca igual que un serafín.
Quiero buscar tu boca, abierta y sonrosada.
Estrechar tu cintura, manifestarme en tí.

Inevitablemente rota.

Inevitablemente rota, muñeca de porcelana.
Su rostro fraccionado a causa del estrépito.
Sus piernitas dolientes, rosas de mil caricias.
Sus manos sin un dedo, rotas en mil caminos.
Su sonrisa perfecta aún dibuja el vacío.
De unos pómulos bellos, rasgados por el viento.
La muchacha perfecta con sus tules y encajes.
Descansará dormida sin recordar su acento.
Lucha, mi dulce niña, no le pidas al día.
Que te añada los trozos de tu cara perdida.
Que ilumine tu boca; tus ojos encendidos.
Que el tiempo nuevamente aparece rendido.
Tu maraña es ahora la luz de tu mañana.
Tu rostro roto alegre, aún sin tu mirada.
Tus piernas paralíticas, en la silla de ruedas.
Ya no atienden amores. Amores de veredas.

Racimos de nieve.

Racimos de nieve entierran mi cuerpo.
Fresco y sudoroso, allá, al amanecer.
Sedientos de vino verde de mi puerto.
Henchido de uvas por culpa de un querer.
Procesiones de pasos augustos.
Decidme, ¿cuándo llegará?
¿No será que a lo lejos le acompaña...Un rústico zagal?
Racimos de vida que explotan al tañido.
De la loca campana del convento.
Suenan a arrebatos. Puede que el destino.
Le haya sellado la boca con un beso.
Inveteradas nieves alienantes.
Donde el suspiro no conoce razón.
Dulces sonidos aún beligerantes.
Todo a mi alrededor.
Capas de nieve que lo igualan todo.
De un blanco inmaculado. Carmesí.
Si se derrite formarán un lodo.
Que guardé para tí.
Muñecos con nariz de zanahoria.
Corbata y sonrisa peculiar.
Los niños tiran bolas. Sabe a gloria.
Este suave paseo al caminar.
Y deambulando he llegado hasta tus brazos.
Huérfanos de caricias.
Vida pasando que nos une en lazos.
Y en voces de otras vidas.
Recorreré el universo aletargado.
En busca de una flor.
No es una flor marchita. La he regado.
Con todo el corazón.

Calculadas las horas.

Calculadas las horas en el minuterero.

Los segundos aún estaban por llegar.

Linda y confiada, bocanadas al viento.

Aún no sabía lo que había de pasar.

Aceleradas las agujas del reloj.

Bailando vienen en círculo convexo.

Aumentada la frecuencia de su amor.

Y un aspaviento viejo.

¿Por qué no encuentras a tu bien amado?

¿Por qué, -dime-, no te vas en busca de él?

Porque mis ansias y mi orgullo derrotado.

Se expanden cual vergel.

Calculadas las horas en el minuterero.

Agria y febril bailando a son de vals.

Dime, mi amor, si es un amor sincero...Dime por qué te vas.

Arde la fuente.

Si alguna lágrima dejé caer en el rostro de cualquiera.
Por mí podría tener las perlas sobre mi diestra.
Que los amores furtivos vuelan como mariposas.
Y a los hombres henchidos les van recordando cosas.
Si a tu puerta fui a parar. Noche de resaca y furia.
Si la aldaba hice sonar a escondidas de la curia.
No alces el llanto a volar. Dios no lo quiera.
Promesa.
No participes ya más.
De la estación y la siega.
Renglones doblados.
Falsos fariseos.
Antiguos poblados.
Amores etéreos.
Dile a tu niño que baje.
A la vera de mi casa.
Y dile al sepulturero.
Que me llevo dos tinajas.
Arde la fuente.
Respira el pino.
Mojada está la fogata.
Brincan los niños.
Vete mi niña.
De este lugar.
Que la tarde está fría.
Y me voy a duchar.

Sumida en llantos.

Sumida en llantos antiguos, sempiternos.
De todo aquello que no logré expulsar.
Mi hermana Adita, mis cada vez más muertos.
Mis sesenta cumplidos. Mi llorar.
Mi sentir siempre exagerado.
Y mis nociones de un balbuceante inglés.
Mi hija maestra, por eso será que dicen.
Que en casa del herrero...
Consumida por tristezas profundas.
Como el mar abisal de mis monstruos queridos.
Inteligencia a partir de una ameba.
Célula informe de noches extraviada.
Pulsión constante. Terremotos volcánicos.
Que expulsan sabia magma en lenguas rojas.
Incandescentes. Semejantes a auroras.
Por su brillo de mil y una granada y de diez rosas.
Sumida en llantos antiguos. Sempiternos.
Yo te adoraba como flor de un día.
Cual mariposa alada que extermina el mañana.
Como lo efímero de tu mirada.
Y aún más triste estoy por otros muertos.
Zombies vivientes que no responden.
Al dictado de la ira y el perdón.
Todo lo que no se ha hecho con corazón.
Madrugadas heladas, de bocas lleno.
Ansiosas telarañas que se expanden.
En mil túnicas leves, de ganchillo de araña.
Que nos cubre en melancólica retirada.
Para no dejarnos ir más desnudos.
De nuevo esta vez.

Anhelábamos algo.

Mutilada y herida su perfil paseaba.
Sobre los sonsonetes de una noche de amor.
Aturdida, inconsciente, sobre planchas informes.
Y viejos desterrados a viejos edificios.
Desahuciados, ocultos, bajo un bastión de hiel.
Masturbados, borrachos, ebrios de corazón.
Tocábamos un cielo infinito y profundo.
Rozábamos infiernos sin poder deambular.
Las cartas olvidadas contienen un dinero.
Y un verso limpio, bello, de riqueza digna de admiración.
Anhelábamos algo, más no pude decirlo.
No pude decir eso que aun pretendo.
Que pase a formar parte de la verdad.
Sólo la mía. De nadie más.
Respétalo.
Respétame.
Es mi verdad.
Se trata de eso.
No la arrugues ni la pisotees.
Es mi verdad.

Viceversa.

Palpitaba la noche al compás del soneto.
Salpicaba de agua la fuente de sus sueños.
Suplicaba implorante por conseguir un hombre.
Un hombre bueno.
Un buen hombre.
O viceversa.
Canturriaba el pájaro su canción postrera.
Su trino ambulante en mil y una ramas.
En mil y una ramas, juntos celebremos.
Música romana será mi canción.
Oh! Sole mío!!!!
Recordaremos.
Al son de una bandurria.
Recordaremos.
Aquella tierna historia que un día no sucedió.

Voy a cortar la estrofa.

Voy a cortar la estrofa porque quiero llamarte.
Carmelo; mi Carmelo. Preocúpate por mí.
Viene empujando el viento, pues siento en mí tu roce.
Suave, suave; empujando con su blanco jurel.
Voy a cortar la estrofa porque pienso yo amarte.
Una y mil veces sobre el jergón.
Una y mil veces pienso que debiera quererte.
Como quiere una madre a su fiel gallardón.
Con su canción.
Cantalapiedra.
Monigotes del baile seremos.
Si surge la ocasión.

Sepultura.

Juntos. En cena hartos romántica.
Con el temblor rozado hasta la médula.
Viejo pirata que nada sin escrúpulos.
Por las mieses de caño y alameda.
¡Qué bonita la niña peruana!
Qué bonita y qué tan bien dispuesta.
Qué bonita y qué bella su figura.
Treinta y seis primaveras. Sepultura.

Puede.

Puede que en bravo son, sientas en vano.
El despertar de un fiero moribundo.
Puede que el ancho mar y el viejo mundo.
Supliquen en llevarse de la mano.
Oh, jilguero cantor.
O esperpento.
Oh, sombrío moral de un poema.
Alpujarra es la tierra donde ocurre.
El trivial ronronear; las duras penas.
Puede...

Lanzaría a tus manojos.

Vendimiando va el ventero.
Camino de Puerta Holgura.
Atrás quedaron Duruelo, Villarreal y Cornejo.
Levantán polvo al pisar.
Pisando fuerte y con garbo.
Levantán pena al penar.
Lágrima a la Macarena.
Estudianticos que vais.
De camino a Punta Umbría.
No despreciéis a la moza.
Que no ha cegado tu sombra.
Si por mí fuera, gañán; Caco de carne sin ojos.
Si por mí fuera, puñal .Lanzaría a tus manojos.
Manojos de dulce fruta.
De la vendimia logrados.
Verdes, rojos y amarillos.
Surgen del color del vino.
Por tu casa yo pasé.
Por tu casa yo he pasado.
Dile al niño que un día fue.
Que siempre estás a su lado.
Por tu casa yo pasé.
Por tu casa yo he pasado.
Dile al niño que un día fue.
Que siempre estoy a su lado.

Una madre.

La cosa más bonita es una madre.
Que espera a su bebé.
Su sonrisa suave y rosa.
Resplandece ante el anuncio
Virgen oronda y hermosa.
Como un capullo.
Catherine bella.
Tan dulce como un bizcocho.
Sin duda es ella.
La más certera hija de la prosa.
Valiente y firme como la espuma.
De la última ola de mar que se derrama en mi alma.
Del último suspiro.
Del último hálito.

Vulnerable son.

Caridad eterna. Ese amor profundo.
Que siento hacia el otro. Lejos de mi mundo.
No siento el sereno. Leo entre palabras.
Literata al son de un papel mojado.
Tiernos, elegantes, niños con chistera.
Tenebrosa tierra, oscura y maciza.
Misteriosa fuente de los tres engaños.
Valles de sonrisas. Etéreos pasados.
Vulnerable son en palabra escrito.
Prendida una flor y una revistilla.
Que de mes en mes da repaso al tiempo.
De los terremotos, tifones y vientos.
Vulnerable son que con mil palabras.
Retorna a tu lado, extraño vidente.
Cuanto más oscuro, más intempestivo.
Da luz al farol. Que se vea sonriente.
Enseñando el diente. Color candente.

Barrientes tifones.

Barrientes tifones de nieblas poblado.
Tiernos camarones que la mar ha dado.
Suspiros del aire que el viento rebasa.
Machacones huesos sobre la atalaya.
Marrones conventos de huerto preñado.
Verdes limonares rebosantes de hoja.
Corazones lilas de bosques helados.
Suntuoso perfil de mi bien amado.
Besos por doquier. Besos en la boca.
Encendida boca que en la noche triste.
Ronda las ventanas. Escala los muros.
Trepas por tu tripa. Demasiado oscuro.
Barrientes tifones de nieblas poblado.
No te marches nunca. No me des de lado.

Castiza soy.

Castiza soy.

Por castiza me tengo, castiza soy.

Un camión de verbena.

Y una ilusión.

De saber que al fin eres.

El Vencedor.

Castiza soy.

Lauburu también algo.

¡Viva el porrón!

Invento de los vascos de promoción.

A resguardo de tigres y de otras garras...

Desesperadas.

Llovía.

Llovía. Se hacía tarde.
Salía el sol entre las algodonosas nubes.
Nubes amarillas, regadas de oro.
Sol tímido y deforme. Limando sus huesos.
Lijando su alma. Velando su sueño.
Atardecer en la playa de aguas violetas: exterminio...
Moriremos ahogados en tu cielo presente.
En tus mares borrachos. En tu arena rojiza.
Nos iremos al éter de los no pronunciados.
Detrás de las estrellas. En basto tubo angosto.
De chimeneas calizas de ladrillo elevadas.
Hacia un infinito que nos está vedado.
Cae la noche.
No quiero soñar.
No quiero dormir.
No quiero soñar.
Me conformo con este presente anodino.
Me conformo con esta lluvia persistente.
Todo está oscuro.
Y en el suelo las gotas te dibujan...Cuando te vas.

Como siete las notas.

Cabalgando deprisa en mil caballos verdes.
Una saeta buscas.
Junto al templete.
Un corazón rebelde.
Rebaja el sol.
Pataditas las manos.
La sinrazón.
Siete brechas te ha hecho siete ha cumplido.
Cómo siete colores
Enardecido.
Como siete las notas.
Del pentagrama.
una a una se posan.
Junto a tus ramas.
Junto a tu rama niña.
Junto a tu rama.
Como siete las notas.
Del pentagrama.

En un bus verde.

En un bus verde iremos
A ver tu casa.
Primavera escondida.
Tras la ventana.
Dile a tu madre niña.
Qué te has marchado.
que las fuentes no corren
Y estás turbado.
Mañana por la tarde.
Corrígeme.
Vendrá tu novio a verte.
Yo digo amén.

Por el sendero de la desesperanza.

Por el sendero de la desesperanza.
Vaga mi alma.
Mi alma en otros lares encontrada.
Ahora con canas.
Vieja amiga nocturna y trasnochada.
Como la aurora.
Si termina la fiesta, ella amanece.
Con su bata de cola.
Ilusiones de un día desdichado.
De otras mañanas.
Primaveras que al mundo dislocado.
canta una nana.
Jengibre rojo en mis pedazos arañado.
Frente a su tumba.
Pálidos pétalos cuyo aroma destilan...
Viejas canciones.
Otoños de metas, ocres cual sus encantos.
De arriba a abajo... Yo con mi canto.
Canto febril de rosas y de púrpuras.
Ave Marías. Schubert se fue afligido por texturas.
Marrón y lilas.

Sobre la mesa...

Sobre la mesa, un paquete de Rothmans.

Sobre su tronco, la cartera cruzada.

En la mano derecha mil pulseras libres.

En las entrañas, una pena sin fin.

Veredas en verde delineadas.

La tarde se afanaba inútilmente.
En encontrar las agujas del reloj.
Y el reloj soñaba que escapaba.
De las garras de ese gran Señor.
El Tiempo impenitente ya avanzaba.
Por los raíles de la locomotora.
Andenes que salían a su encuentro.
Estaciones mil veces renombradas.
Surgía un paisaje de valles y montañas.
De veredas en verde delineadas.
De soles amarillos y de nubes rosadas.
De terciopelos rotos; de granadas.
De campos de tul; macilentos trigales.
Que se peinan las ondas del cabello.
Cabello alborotado por la brisa.
Que sopla a ras de tierra, allá en los lares.
Perdida copla, que se va cantando.
Su amor apasionado y su quimera.
Noche estrellada que sueña con el alba.
Alba sin tez, en busca de una estrella.
Canción de plata y oro entremezclado.
Canción de rojo sangre concebida.
Cantada en el remanso de una ola.
Con el bies tornado de amarillo.
Un día más y aquí me encuentras sola.
Más no como antes. Ahora es diferente.
Sola cuando compongo alguna oda.
A ese Tiempo que pasa impenitente.

La mañana.

Condicionándolo todo.
A la esencia de la obra.
Por mí pueden pasar ríos.
O encendidas amapolas.
Por mí pueden pasar olas.
De brillante espumillón.
Cuando rompen en la playa.
Las aguas de mi Señor.
La bahía está durmiendo.
El sol apenas salió.
Las olas y el pensamiento.
Se aúnan en mi canción.
Puerto Alegre, viejo puerto.
Donde el sol señoreó.
Enseñando las puntillas.
De la Musa de mi Amor.
Amor tremendo y oculto.
Amores que van pasando.
Amores con desengaño.
Los amores de mi hermano.
Trepá deprisa, ángel mío.
Trepá hasta la madrugada.
Sube hasta el cielo azulado.
Que yo te voy a rescatar.
Y apenas a algunos metros.
De mi coronilla estás.
Es apenas un kilómetro.
De ansias de Felicidad.
Ya está la mañana lista.
Para cualquier devenir.
Ya está lista mi negrita.
Con su vestido rubí.
Allá por el horizonte.
Viene un puma a acechar.
Acecha que acechas donde.
Se inclina la madrugada.

Vaivén moreno y callado.

Vaivén moreno y callado.
En busca de una canción.
Luna se mira al espejo.
Es toda la solución.
Amaneceres marinos.
Atardecer en la estepa.
Con sus jirafas y cebras.
Y con sus gnús a la espera.
Un árbol se va quedando.
Mudo ante la solanera.
Allá en Zimbabue, mi tierra.
Y la Tierra del Planeta.
Hondos valles floreados.
Necesitan tu promesa.
De saber que un día tu vuelvas.
A fotografiar a la negra.
La negra con trajes vivos.
Y guirnaldas en el cuello.
La negra, con mil motivos.
Para enderezar cadera.
Y las aves de la estepa.
Cantan canciones a dúo.
Y las ramas de los árboles.
Se extienden cual bicicletas...
Que a poco rozando van.
A celebrar una fiesta.

Lienzo blanco que relumbras.

Lienzo blanco que relumbras.
En profano sentimiento.
Teclas viejas que pretenden.
Dibujar una sonrisa...
Una sonrisa que hiere.
A las mentes perturbadas.
Sonrisa blanca que muere.
En la alacena de mis entrañas.
Lienzo blanco que relumbras.
Y profano con mis dedos.
Muecas negras que desprenden.
Hálito aliento de mis quereres.
Húmedos ojos de mi morena.
Cansados de mirar la noche eterna.
Cansados de soñar con mil canciones....
Cantadas en inglés.

Sólo tú.

Superlativo el relámpago me acosaba con su canto.

Nada era perfecto. Nadie ponía los posavazos.

El llanto de un niño rompía el silencio.

Y entonces tú; sólo tú...Me miraste.

A que me dejen en Paz.

Portal angosto.

Lóbrego túnel.

Andén preñado de ensoñaciones.

Mi cuadro envuelto en papel de estraza.

Dentro, la Alhambra frente al Balcón.

Estoy harto acostumbrada a que me cedan asiento.

A que miren a otra parte cuando hablo.

A que me dejen en paz.

A que miren a lo alto cuando hablo...

A que me dejen en Paz.

Tengo sangre en las manos.

Tengo sangre en las manos.
Voy a lavarlas.
Me las hirió un tirano.
De ecos al alba.
De ecos al alba, niña.
De ecos al alba.
Tengo sangre en las manos...
Voy a lavarlas.
Mi cráneo está partido.
En mil mitades.
Una mancha granate.
Seca la sangre.
Herida por aquéllos.
De guante blanco.
Corazón sepultado
Por mil espantos.
Yo no creo a los hombres.
Ni a sus verdades.
Corazón sepultado.
Por cien reales.
Poco es que valgo.
La copla mañanera.
Viaja en un talgo...
De mil andenes.
La copla mañanera.
Busca quererte.
Y no encuentra razón.
Al sufrimiento.
Vagan mi pensamiento.
Y mi corazón.
Diecisiete saetas.
Tengo en amores.
Sesenta años cumplidos.
Sin resquemores.
Y aunque tú ya no vengas.
Yo te dispenso.
Sé que ahora estás ciega:
Es lo que pienso.
Tengo sangre en las manos.
De mil auroras.

Caballo desbocado.
Trepas las olas.
Despedidas cobardes.
Aventuras sin fin.
Añoranzas imberbes.
Y una trenza en la crin.
Te vaciarás de todo.
Más conservarás "eso".
Caballito en el lodo.
Y un romántico beso.

El gato y el mapache.

Algo va bien, enfatizaba el gato.
Yo no lo sé; protestaba el mapache.
Quítate el antifaz de tus dos ojos.
Y verás un día gris y lloviznoso.
Algo va bien. De sobra lo sabía.
Yo no lo sé. Apenas murmuraba.
Mi corazón con ilusión un día.
Volverá a cantar a la mañana.
El mapache indolente promulgaba un suspiro.
El gatito sonriente se plegaba en bobina.
Y una luz amarilla destellaba en lo alto.
Y un verde mar; turquesa, acampaba en un charco.

El perdón es la fuente.

El perdón es la fuente.
De las venturas.
Chorretones de penas.
Que se evaporan.
Surtidores mozárabes.
Surcando el aire.
Mi niña despeinada.
Por la ensenada.
Ven junto a mí, princesa.
Vuelve a mi lado.
Mil brillos de mi estrella.
Destello azucarado.
Yo quiero ir a peinarme.
Junto a la higuera.
Repleta de mentiras.
Y cantinelas.
El perdón es la fuente.
Inagotable.
Fragancias de azucenas.
Surcando el aire.

Corazones de fieltro.

Desperté con el alba.
Arrullos de cristal.
El sueño emancipado.
Y el mundo real.
Acaricié la sábana.
Que me cubría.
Llovía fuera, mañana.
Dulce y perdida.
Corazones de fieltro.
Rellenos de algodón.
Dos brazos a los lados.
Y un abrazo glotón.
Desperté con el alba.
Arrullos de cristal.
Afuera llovía mucho.
A mí me daba igual.

Caminaba despacio.

Caminaba despacio.
Hacia la plaza chica.
Mil flores y guirnaldas.
La recibían.
Vente pá acá, mi niña
No te detengas.
Que yo tengo un puchero.
Con mil lentejas.
Las lentejillas son pedrosillanas.
Solamente un hervor.
Y a la buchaca.
No tengo hambre, nodriza.
Ya comí algo...
Quiero dormir la siesta; dulce letargo.
Pero no puedes, niña.
Pero no puedes.
Vinieron tus hermanos.
A festejarlo.
Pues voy a hablar con ellos.
Largo y tendido.
Un clavel en el labio.
El cuerpo henchido.
Bajarán a llamarte.
Pá que les cuentes.
Alegre la sonrisa.
Triste la frente.
Triste la frente, niña.
Triste la frente.
Su padre está penando.
Y ella no quiere.
Y ella no quiere, niña.
Y ella no quiere.
Desnudas las miradas.
Allá en la fuente.
Dame agua de beber.
Dámelo pronto.
Porque voy a tragarme.
Los mis sollozos.
Nunca se hubo enfermado.
Es la primera.

Y la más importante...
Yo no quisiera.
Pues dale un caramelo.
De dulce miel.
Verás cómo mejora.
Y tú con él.
Caminaba despacio...

Primavera de mirlos y cerezos.

Primavera de mirlos y cerezos.
Llenas de cantos a la naciente aurora.
Repletas de hojas y flores en ramitos.
Llenas de música y de colores vivos.
El sol se adueña de la mañana.
Y el grillo pasa con su violín.
Y las pequeñas flores alfombran la ensenada.
Debajito del tronco donde nací.
Y las blancas palomas alzan su vuelo errante.
Y una gaviota se ha perdido en Madrid.
El vino rojo y fresco embadurna las copas.
Y un delfín sonriente chapucea sin fin.
Y tú estás a mi lado y yo aún no soy consciente.
De que algo mágico va a suceder.
Tú me miras; yo miro tu perfil indolente.
Y las musas me lanzan una flecha de hierro.
Flecha que me hace diana en la garganta.
Justo en el chakra de la comunicación.
Azul celeste; quinto colorido.
Que anexo lleva un verso y una canción.
Y mi canción es ésta, si quieres tararearla.
Pálida y luminosa; brillante y mate.
Verborreica y callada; azul del mar...
Canción repleta de olas y de sol invernal.

Vacía y sucia por los caminos.

Vacía y sucia por los caminos me arrastraba.
El pelo blanco rebosaba de verdín.
Las zapatillas rotas mojaban mis tres dedos.
Y una sonrisa cínica penetraba en mi tez.
Sucia, cansada y vieja entreabría los ojos.
Pintados ojos desde anteayer.
Cercos corridos de tonos azules.
Mueca en la boca de carmines rojos.
Venía mojada por mil tempestades.
Polvoriento el traje que un día estrené.
Marchitas las palmas de mis manos secas.
Opacos los vieses entrando a tropel.
Y alguien me vio.
Y me reconoció.
Quiso ayudarme.
Y se extrañó.
Porque nada pudo hacer.
Porque yo nada deseaba.
Porque su tenue poder.
En algo en mí se estrellaba...
Vacía y sucia por los caminos me arrastraba...

Verás el día desnudo.

Verás el día desnudo de pesares.
Intuirás una brisa de ansia y soledad.
Amasarás rosquillas de sonrisas y flores.
Querrás que el tiempo pase en pos de la verdad.
Y tú hoy te has levantado perfumada y coqueta.
Y has echado el pie izquierdo y te has incorporado.
Tu madre sonreía; el quicio de la puerta enmarca su cabello, con sus tonos morados.
Y has sentido alegría. Desterrado depresiones.
Decepciones y angustias que no saben a nada.
Y has comido entre dientes y lejos de presiones.
Hasta que tu reloj asegure el jornal.
Esperanzas y gritos, de contento quizás.
Y bailes y más bailes, allende tu cabeza.
Y lluvias y más lluvias detrás de tu cristal.
Más estás a resguardo. Ya no te mojas más.
Vuelve la melodía a cantar su canción.
Las perlas se unen al collar donde han estado.
La madre selva trepa en pos de tu ventana.
Y una mano inocente dibuja un corazón.

De quererte tanto; de quererte siempre.

Ya todo ha concluido.

Nada más resta.

Laura no quiere nada.

Mi recuerdo le apesta.

No le voy a insistir.

Yo también tengo un ego.

Dejaremos vivir.

A ese esperpento....

Si es lo que quiere, sea.

Me retiro, desmayada pero entera dejando dormida ese ansia
de quererla tanto; de quererla siempre.

Palomas blancas.

¿Qué quieres hacer si no?
Murmuraba entre dientes.
No se atrevía a abrir la boca.
Por si volvía a tragarse alguna mosca.
Como aquel verano de hace cuarenta y seis años.
Un día febril y macilento.
Festividad de la Virgen del Carmen.
Nunca se me olvidará.
Siempre lo recordaré.
No tengo otra cosa en qué pensar...
Bueno, sí; pero no quiero darle demasiado al coco.
Voy a cerrar la puerta.
Y abrir las ventanas para que entren palomas blancas.
Palomas blancas de la paz.
Las palomas blancas de Alberti, de Picasso o de Buñuel.

Ayer soñé que por fin te veía.

Ayer soñé que te veía.
Dulce y bonita como la aurora.
Tu cara linda lucía una sonrisa.
Venías con prisa para abrazarme.
Luego hubo un corte de luz y falló la escena.
Las palabras no salían de tus labios.
No había subtítulos en ningún idioma.
Gesticulabas, pero todo en vano.
Volví a dormirme y escuché un "te quiero"
Pronunciado con esa voz hermosa y conocida.
Me desperté a un espaviento tuyo.
Anulada la magia de un amor ausente.
Inconclusa y solemne la estruendosa risa surgía a borbotones.
Y el gesto equívoco me hizo sentir que el sueño había terminado.
Cerré los ojos con fuerza, hasta hacerme daño.
Porque quería abarcarte en toda tu extensión de ser humano.
Quería decirte que disculpas mis errores.
¿Quién no se ha equivocado muchas veces?
¿Quién no se ha arrepentido de lo hecho aquel día?
¿A quién se le puede negar el perdón de por vida?
Tú llevas ya tres años huérfana de madre.
Y tu madre, viva, espera una orden tuya.
Para resucitar y correr con los ojos abiertos.
Porque la pesadilla ha terminado.
Ayer soñé que te veía dulce y bonita como la aurora.
Corrías hacia mí con tus brazos en aspa.
Y yo me abalancé sobre tu contorno.
Nos fundimos en el más tierno abrazo.
Ya no hay más que añadir; sólo los besos.
Que nos han faltado en todos estos años.
Y que hoy recuperamos insaciables.
Ayer soñé que por fin te veía.
Laura, mi niña.
¡Regresa pronto!
Que quiero despertar sin que me espante.
La realidad.

Quería decirte.

Quería decirte fuerte y serena que te quiero con el alma.
Quería susurrarte dulcemente que nunca te dejaré en el olvido.
Quería convencerte abiertamente que daría mi vida por tí.
Quería abrazarte despacito y con profusión y no soltarte nunca. Laura.
Quería... ¡Qué sé yo! Tal vez un imposible...
Han pasado tres años y te sigo adorando en la distancia.
No conozco argumentos para volver a tí.
Lo he intentado todo; más un todo aún insuficiente.
Debo hallar el modo de acercarme con cuidado;
para no espantarte; mi niña bella.
Inventar nuevas fórmulas que ablanden el acero de tu piel dorada.
Quería decirte débil e incauta que no me quedan lágrimas.
Se perdieron entre los pliegues de la almohada.
Sería y amarga avanza por la vida.
Sabiendo que algo muy importante se hizo añicos.
Un día cualquiera de hace tres años.
Y aquí me tienes, sin ganas de seguir luchando.
Derrotada y confusa.
Estremecida. Muda.
En la cuneta...con una bala invisible en la sien.
La roja sangre delata la herida.
Que me hice cuando te perdí.
Una vez te preguntaba en hoja de periódicos me ibas a olvidar...
Ahora; treinta años más tarde solicito tu perdón
a través de las redes sociales; a pesar de tenerte tan cerca...
Quería decirte triste y solitaria que no me lo merezco y que te quiero.
Quería decirte... ¡tantas cosas!... Escúchame, mi amor.
Quería decirte.

Nada en la mente.

Nada en la mente.

Todo me espanta.

Nada volcado al papel.

Todo volcado en negras lágrimas.

No me salen las palabras.

En el cerebro, millones de pensamientos claman.

Quieren huir de esa cárcel maldita.

En un mundo de frases impronunciadas.

No veo luz en mi ventana.

No veo luz en mi ventana.

Miro y la niebla se apodera de mi visión.

Recortada entre la bruma está mi alma.

Sedienta de una palabra amable que alumbre mi corazón....

Y no hallo nada.

Nadie contesta.

Y me pregunto, qué debo hacer.

Dejaré pasar las fechas.

Sin respuestas. Sin aliento. Sin alimento. Con sed.

Me da vergüenza

Me da vergüenza que acuda nadie.
Estoy bloqueada, y muy aturdida.
Apenas me salen más que monosílabos tristes...
Que me bloquean aún más.
¿Qué puedo hacer?
¿Cómo lo arreglo?
No lo sé. No sé si puedo.
Esta vez creo que he tocado fondo.
Pero fondo de veras. Adiós al Ave Fénix.
Adiós a las Quimeras y a las Utopías.
A los Unicornios azules y a los Pegasos.
Ya nadie podrá venir galopando a rescatarme.
Es inútil. Estoy sola. Y tengo tremendas ganas de sollozar,
pero no me sale una sola lágrima.
Las cuencas de mis ojos se han vaciado.
Me escuecen.
Su sequedad me espanta.
Quisiera llorar durante días.
Y vaciarme.

¿Cómo estarías tú?

Tal vez quieras que esté alegre.
¿Tú lo estarías?
Tal vez pienses que exagero.
¿Es lo que crees?
Sólo quiero que me digas lo que sientes....
Una palabra de ánimo.
Un abrazo.
Y la promesa de que nunca me dejarás sola.
Que vendrás a verme.
Tú sí.
Por favor.
Mira mi trayectoria.
¿Crees que me lo merezco?
No puedo estar alegre.
Por más que intente disimular.
Y no puedo explicarme.
Porque lo no dicho se vuelve inexistente.
Y por tanto exagero en mi tristeza.
Dime. ¿Cómo estarías tú?

Ponle una sonrisa

Buenos días.

Las 5:13

Un día más.

Un día menos.

O igual.

O muy distinto.

No lo sé.

Aún no me he dado tiempo a ponerle la sonrisa

Razón aquí.

SE VENDEN PESADILLAS

Razón aquí.

Amor, Paz y Libertad.

Vamos a construir juntos un nuevo ancla.
Dicen los meteorólogos que lloverá por fin.
Mi velero está presto, junto a la arena.
Océano interminable cual eres tú.
Construiré un estandarte que baile al ritmo,
olas de la bahía en el limonar.
Limón con hierbabuena pá refrescarnos.
Amor y libertad; juntos hermanos.
Siempre unidas las puntas de mi estrella.
Caracolas y pulpos se acercan ya.
Al bailar principiante de mi morena.
Que sólo quiere.
Ración doble de AMOR, PAZ Y LIBERTAD.

En pleno barrio de Santa Cruz.

Ayer todos teníamos mucha prisa en dedicar nuestras últimas palabras y al son de una guitarra, derramar una lágrima por nuestro último mártir, muerto con queroseno, al aire libre, porque el aire es veleta que arrastra al viento sus ilusiones, y su dulce cantar brasileiro de la chica da vaso do agua. Ya regresaste de vendimiar. Que has vendimiado... una loncha de pavo de régimen y un racimeto de fino caldo de moscatel. Hoy toca revisar letras y canciones. Compongamos juntos un verso en el que abunde el término win. Y así hoy no tendrás tanta prisa porque en Sevilla te espera Cosme, el cartero, para darte un curso de finanzas en pleno barrio de Santa Cruz, que hoy la portera ha tenido un niño. Y ya son dos. Hasta tres que tendrá mi princesa, muchos enriques por el camino. Y si nadie hace nada mañana tal vez no exista en el calendario.

Vibra el vibrador.

Vibra el vibrador.

Saca el sacapuntas.

Adelgazaba el kéfir su esqueleto mermado.

Pronto me ir  a soñar entre bulerías.

Un olvidado sueño que s  recuerdo.

Un llanto entrecortado.

Luna no quería marcharse.

Le obligó su compañero a deshacer las maletas.

Ordenar su armario.

Configurar su sms.

Una lágrima furtiva se escapaba.

Cuando hurgó por los cajones...

Ropas olvidadas.

Desde gélidos inviernos llenos de reproches.

Que ella no oía.

Habían tenido que escayolarle la cabeza.

Se le agolpaban.

Se le agolpaban miles de músicas, tal vez una mañana azul.
En el rincón, el arpa expiraba su última nota.
Yacía cerca un corazón.
Y la Paz enseñaba las piernas a la madrugada.
Iba yo a buscar esparadrapo.
Para sanar mis heridas.
Un grito sordo en la noche me ha despertado.
Había olvidado aquella voz.

Ayer llovía en mi corazón

Ayer llovía en mi corazón.

Hoy ya no.

Las telarañas largas y espesas y una noche acolchada y feliz
sobre mi colchón y mi edredón de plumas han obrado el milagro.

Ya nada me duele estoy anestesiada.

Solo corro al encuentro de ese agua helada

Que erradica la fiebre de mi piel me empuja a celebrar la mejoría

Hacia nuevos intentos de poesía

Que no serán fructíferos nunca lo han sido.

No tienen por qué serlo ahora tampoco.

Gracias por no venir a socorrerme.

Lo digo en general.

Aquel que quiera aplicárselo por mí tiene vía libre.

Y el que este reconciliado con su conciencia fenomenal.

Se me clavó la espina de una rosa.

Se me clavó la espina de una rosa
cuando tu corazón me abandonó,
hace ya tiempo; una mañana hermosa
y mi mundo de niebla se inundó.
Se me clavó la espina de una rosa
en el sendero de la soledad.
Más no quise decir, porque juiciosa,
a nadie interesaba mi verdad.
Se me clavó la espina de una rosa
cuando mi hija me descalificó.
Hace ya tiempo más yo huí despavorida
Porque sentí de pronto un gran dolor.
Se me clavó la espina de una rosa
cuando mi Laura me dejó de hablar.
Ya va para tres años, se ha hecho eterno...
Mi corazón dejó de palpar.
Se me ha clavado la espina de una rosa
cuando he entendido que ellas no me quieren.
Si algún día yo las he tenido.
Ahora me repudian y me hieren.
Se me ha clavado la espina de una rosa
hasta la médula y un poco más allá.
Voy a tomar distancia, que no digan.
Que su madre molesta al despertar.
Voy a oír sus silencios.
Voy a besar su frente imaginaria.
Voy a vomitar hiel, temerosa sustancia.
También voy a quererme en abundancia.
Si algún día quieren volver,
aquí estaré esperándolas.
Sólo deseo que no se haga muy tarde.
Las implacables agujas del reloj señalan.
Que ha pasado un día más. Y yo buscándolas.
Pero no. No lo haré. Ha sido demasiado.
Gota de agua que desborda el vaso.
Frescor de una mañana de verano.
Ilusiones perdidas... Todo en vano.
Recogeré las redes de la pesca.
Y zurciré los huecos que se han roto.
El mar bravío brama cual fiera desplomada.

Mientras lloro en silencio sobre la almohada.
Se pasará, verás, y si no al tiempo.
Te olvidarás de que tuviste hijas
Todas esas mentiras que me digo.
Para no irme contigo, hermana, amiga.
Se me clavó la espina de una rosa
una noche estrellada y un suspiro doliente.
Un desvelo profundo y despiadado.
Un corazón roto que no es nada valiente.
Se me clavó la espina de una rosa...

No soy de acero sueco.

Reconozco humildemente que me he equivocado.
Yo creía en el diálogo, y en el intento por arreglar las cosas.
Pero no. No es así. Aquí y ahora.
Prevalecen el orgullo y la soberbia.
Reconozco humildemente que me he equivocado.
Por callarme tantas cosas que no he dicho.
Pero no. No es así. Peco lo mismo.
Si digo o si amordazo mi destino.
Reconozco humildemente que me he equivocado.
Yo creía en la justicia y en la paz.
Pero no. No es así. Porque cuando hablo.
Más me valdría ponerme un antifaz.
Reconozco humildemente que me siento cansada.
Cansada y aturdida como una perdiz.
Porque cuando a la noche salen las alimañas.
Necesito volar a defender mi lid.
Reconozco que no soy de acero sueco.
Llevo una pesada carga a mis espaldas.
Y estoy a punto de tirar la toalla.
Y hacer mi vida al margen; con dos huevos.
Tendréis que perdonarme si me pongo soez.
Pero la tesitura me tiene encadenada.
De todos lados recibo bofetadas.
Y hasta peco si le informo al juez.

Hablaba sola, mirándose al espejo.

Hablaba sola mirándose al espejo.
Cual si quisiera duplicar la realidad.
Miraba curiosa esa arruguita nueva.
Que ayer no estaba; te digo la verdad.
Cantaba sones, habaneras y fados.
Rancheras y baladas y algún que otro tango.
Quería deshacer el nudo en la garganta.
De verse arrinconada; sin derecho a nada.
Vivía sola y las horas pasaban.
Muy lentamente; manillas de reloj.
Que apenas palpa los sesenta segundos.
Que contiene un minuto para vos.
Reía sola. Y su risa estridente.
Chocaba inmensa con las paredes del salón.
Lloraba sola. Nadie iba a consolarla.
Y en ese instante se encomendaba a Dios.
Aparta de mí este cáliz, se decía.
Pero ese Dios no debía existir.
Pues no había solución a sus lamentos.
Oh, triste vida; amargura sin fin.

Sueño.

Sueño que voy en un carro de fuego.
Atravesando las constelaciones.
Y sueño que me alejo de este mundo.
Donde no existen patrias ni naciones.
Sueño profundo donde todo es bello.
Dulce armonía, sin guerras y sin hachas.
Paraíso perdido donde un día.
Diste cobijo a tu hermano del alma.
Sueño con que la vida no es la vida.
Sueño con que la muerte no es la muerte.
Sueño con poder volver a verte.
Hermanita del alma, tan querida.
Sueño con un tropel de voluntarios.
Sueño con que aún existe la empatía.
Sueño con mil recursos solidarios.
Sueño con ver una mano tendida...
Hacia el hermano más necesitado.
Hacia ese ser que puedo ser yo mismo.
Sueño con que se acaban las traiciones.
Que el bien se extiende por campos y naciones.
Y en fin, yo sueño en estas noches cortas.
Noches de un verano anodino.
Noches de julio donde el sol aporta.
Brillos sin tregua y amplios campos de trigo.
De pronto me despierta el faro riguroso.
Que indica al marinero la cercana costa.
Faro blanco, de intermitentes destellos....
Sueño con la presencia de lo bello.
Sueño con girasoles amarillos.
Sueño también con campos de amapolas.
Sueño con el cantarín fluir del río.
Sueño con que ya nunca más estaré sola.
Sueño con una barca a la deriva.
Sueño con el trajín del tripulante.
Sueño que achican aguas al instante.
Sueño con mil argucias esgrimidas.
Sueño con verdaderos cantautores.
Que denuncian la injusticia y la maraña.
Sueño con que la clase política no engaña.
Y sueño con la infancia y sus tutores.

Sueño con que los matrimonios ya dialogan.
Sueño con que no habrá más zancadillas.
Sueño con que en el mundo vencerá el eslogan.
"Si estás descalzo te doy mis zapatillas"
Al fin y al cabo, a mí nada me falta...

Habrás visto.

Habrás visto la luz cuando el sol amanece.
Más no has visto mi rostro, mirándole también.
Habrás visto una estrella en noches despejadas.
Más no me has visto a mí asomarme a besarla.
Habrás visto la niebla subir por la montaña.
Más no viste mi esfuerzo intentando escalarla.
Habrás visto una barca perdida en una playa.
Más no viste mi cuerpo bronceándose al sol.
Habrás visto las noches junto a la chimenea.
Crepitar de los leños encendiendo las ascuas.
Más no viste a tu madre calentándose al son.
De chispas y de lumbres, con su mejor canción.
Habrás visto un "te quiero" sonando en tus oídos.
Habrás visto la luna que desde aquí yo oteo.
Habrás visto mil cosas lindas y deliciosas.
Pero te falta el beso que guardo para tí.

Madre eterna.

Miro hacia el horizonte y tu voz me responde.
Dulces notas, cadentes, vertidas al olvido.
Nadie puede decirme a qué sonaba entonces.
Tu mirada risueña y tu eco desprendido.
Busco entre las sábanas esas noches de otoño.
Y encuentro sólo mantas, ásperas y sin dueño.
Me aproximo, temiendo que te me has escapado.
Por entre las virutas de este cielo estrellado.
Nací contigo, mi amor adolescente.
Viví por tí; porque no estés ausente.
Compartí la copa de tu soberbio vino.
Y nada me consuela, porque tú ya te has ido.
¡Vuelve!-grito sin pausa-, con voz enmudecida.
Ven a mí, mi tesoro, no te des por vencida.
Yo cantaré las nanas que aún no has olvidado.
Y bailaré sardanas, al compás del teclado.
Música que ahora tú cantas con tu voz fina y dulce.
Saudades y baladas y canciones de autor.
Yo volveré a quererte con mi alma dolorida.
Esperando que "algo" despierte tu candor.
Porque yo te recuerdo como a mi princesita.
Y me extraño al pensar que de mí ya no quieras.
Que ya no esté presente en tu fecunda vida.
Ni en acontecimientos que, sin duda, requieras.
Porque yo sigo amándote como cuando te ví.
Tan chiquita y tan guapa, el día que naciste.
Porque yo sólo quiero que te acerques a mí.
Que soy tu madre eterna. Para siempre jamás.

Cerquita de aquí te espero.

Desarrollo un te quiero sólo en el pensamiento.
Tus versos tan azules ya los tengo olvidados.
Tu corazón sincero anoche se ha escapado.
Por los abismos áridos de aquella sinrazón.
Pretendo estar contigo, recuperar el tiempo,
recuperar las risas y las noches en vela.
Aquellas madrugadas donde el alma cantaba.
Sentía; mariposa que se traba en tu pelo.
Eran tiempos felices. De dulces terciopelos.
Suaves como el lomo de tu gata Quimera.
Nadie sabe decirme qué es lo que ha ocurrido.
En qué hemos fallado; ¿acaso tú pudieras?
No logro recordar ni tu voz ni tus manos.
Cuando me acariciabas y llenabas de besos.
Eso era antes, antes, en tiempos ya pretéritos.
Escapando al recodo de nuestros dos caminos.
Caminos que se van abriendo en abanico.
Ahora cada día yo te siento más lejos.
Y entono mi canción: dulce melancolía.
De añoranzas y llantos apenas contenidos.
Te digo adiós con pena. Mas no quiero llorar.
No quiero que las lágrimas hagan surco en mi faz.
Me conformo con verte desde aquí; desde dentro.
Tal y como tú eras. Como debiste ser.
El tiempo te ha cambiado.
Yo te sigo extrañando.
Te esperaré día a día por si vuelves a mí.
Quiero pensar que esto es sólo pesadilla.
Y volverás mañana. Y me harás sonreír.
Cerquita de aquí te espero...

Verdes colinas.

Verdes colinas atisban mis tímidos ojos.
Balbuceantes pasos que van hacia el ocaso.
Brillo de luces y sombras esperan agazapados.
Hacia el norte de mi alma. En un recodo recóndito.
Vuelvo a sentir la brisa del mi mar Cantábrico.
Rayos de sol y niebla jalonan mi camino.
Vuelvo a contemplar con mis cansados ojos.
Lo que dejé de ver, hace ya tanto tiempo...
Y nace una ilusión nueva en mi mirada.
Y voy por los caminos; me siento acompañada...
Y necesito un trago para saber que es cierto.
Que estoy aquí otra vez, ciudad de mis anhelos.
Aquí empezó mi vida de adulta temerosa.
Por aquí paseaba a mi recién nacida.
Recorriendo serena al compás de las olas.
El murmullo del aire, que es toda mi alegría.
Aquí dejé también paso a la esperanza.
De formar un hogar con sus trémulas noches.
Con sus días soleados, con sus grises inviernos.
Y con el danzarín pulular estrellado.
Llego serena y somnolienta, pues me parece un sueño.
Estar aquí otra vez, ciudad de mis anhelos.
De barandillas blancas jalonando el paseo.
Desde el puerto pesquero al Peine de los Vientos.
¡Qué bonita es Donosti! ¿Quién la puede olvidar?
La Bahía, La Concha, Ondarreta quizás.
El Urumea, saliendo como una lengua al mar.
Y caseríos dispersos por todo el Boulevar.
Siento un hondo placer al pisar estas tierras.
Tierra de mis amores; tan lejana y tan cerca.
Voy a volver a verte; disfrutar de tus gentes.
Honradas y sencillas, como un atardecer.
Ana, cariño mío, él te ha visto crecer.
Tenías sólo unos meses cuando me trasladaron.
San Sebastián amado, tierra de antepasados.
Tú viniste conmigo, y desde tu cochecito.
Fuiste creciendo sana como un melocotón.
Gordita, sonrosada y con gran corazón.

Baldosas mojadas

Taconeabas con donaire las baldosas mojadas de la Avenida Diagonal. La noche había discurrido larga y húmeda. Aún el sirimiri empapaba el pañuelo naranja sobre tus cabellos. Poco a poco... casi imperceptiblemente, una gota huérfana rozaba tu cuello. No tenías prisa, era domingo. No obstante, los apuntes y los libros ocultaban tus manos. Manos finas de largos dedos y uñas ovaladas, preciosas, rosadas... Llegaste a la puerta de tu apartamento. ¿Habrá regresado ya él? Me vendría bien una ayuda, siquiera para abrir la puerta... tengo las manos tan ocupadas... Tocó con la barbilla desde el portero automático. ¿Diga? - contestó una voz masculina... Baja cariño, que voy súper cargada... No te olvides de coger las llaves... Y él bajó. Le quitó los bultos de la mano y los depositó en el descansillo de la escalera: "sólo un momento; sólo un instante"... Entonces rodeó su cintura con su abrazo y besó su boca con dulzura. Ya estás en casa, amor. Aquí no te mojarás nunca. No temas... Sube... Yo llevaré todos esos papelotes hasta donde tú me digas. Y los libros los colocaremos en la biblioteca, ¿te parece?... Mmm algunos tienen unos títulos muy sugerentes... esto es fantástico! Ya tengo lectura para una buena temporada. Y así; Hoy de un modo, mañana de otro, a mi hija se le escapan las horas, los días, los meses y los años tratando de no recordarme.

Noche cerrada.

Las escaleras crujían al compás de sus pasos ascendentes.

El corazón latía con fuerza.

La visión se empañaba de lágrimas incipientes.

Recogió del desván el guiñapo sucio y roto que había acompañado su infancia.

Metió los restos en una caja de zapatos grandes.

Para darle sepultura en el jardín.

Ya para entonces era noche cerrada.

Las escaleras crujían al compás de sus pasos ascendentes.

Cerró la puerta, cerciorándose de que no tenía testigos...

Y sollozó.

Funambulistas.

Hoy mi vida ha cambiado. El cielo está gris.
Dentro de mí maúlla un gato triste y azul.
Si tuviera la suficiente valentía me borraría del mapa.
No quiero seguir viviendo así: como los funambulistas.
Siempre en la cuerda floja
y más allá el abismo que se cernea izquierdas y a derechas.
De norte a sur.
No quiero seguir viviendo con recuerdos que no son míos
y que además son inexactos.
No pretendo tener razón en todo.
Pero me gustaría ser escuchada sin cortapisas;
sin que nadie quiera tener razón; mi propia historia...
Y todo son reproches y yo me exaspero y me hundo.

Ojalá

Tengo la impresión de que voy a ver luz al final del túnel.

Ojalá no me equivoque esta vez.

Que no me pille desapercibida...

Te marchaste de mi lado sin avisar...

Cuando vuelvas, por favor, ponme un telegrama...

...que no me pille desapercibida.

Bajo la lluvia.

Otra vez sola,
y sin embargo, mi alma no llora.
Mi corazón permanece incorruptible.
El mascarón de proa se ha secado.
Mi armazón aún sujeta, indefendible.
Las algas que del cieno hemos sacado.
Y llueve fuerte.
Junto al magnolio blanco hoy diluvia.
Y yo me escondo, ausente,
bajo la lluvia.

Resbalaba por su tez una lágrima.

Resbalaba por su tez una lágrima.
Por su cara una mueca de terror.
Quiso la luna fugarse cual fantasma.
Siempre a su alrededor.
No divisaba nada en ese instante,
en que las peñas descienden en tropel.
Iba buscando a un hombre y no obstante,
ese hombre era él.
Desecho de esqueletos malformados,
donde mi corazón hunde un puñal.
Colección de hombres uniformados.
Y por el sur regresa mi zagal.
Yo no le he visto.
Me he convencido.
Yo no lo he visto, tras de tí he ido.
Y un tropel de cigüeñas patilargas,
vuelan rasante por los campanarios.
Y una voz que medita emborrachada.
Volverán al acecho los muchachos.

Discurría la corriente río abajo.

Discurría la corriente río abajo.
Arrastraba a su pasar mil canciones.
Los barcos se iban haciendo con trabajo.
Desmesuradas aguas sin renglones.
Sillas y trastos viejos revertían.
A la torrente que un día se salió,
de la vida de hombres que vestían,
chaqueta y pantalón.
¿Cuándo separaremos cielo y tierra?
¿Para cuándo las horas de esplendor?
Achicando aguas con las botas puestas
Y un pantaloncillo corto en derredor.
Croan las ranas al sentirse libres.
De los agujerucos en que viven.
Vienen silbando lindas melodías.
Para pasar muy dignamente el día.
Los guijarros van amontonándose.
En conos altos, llenos de colores.
Predominan, y aún están mojándose.
Cauce, ranas, guijarros y flores.

Salta la rana...

Salta la rana...

Que mi niña ya viene tan de mañana.

Apresuraba los pasos.

Apresuraba los pasos cuando el fantasma de su madre amenazaba con darle alcance.

Presuroso envolvía.

Presuroso envolvía la corbata.
Zapato oscuro; traje gris perla.
Hacía poco había dejado la bata.
Que se empapó al secarse. Voy a verla!
Blancos narcisos de pétalos gloriosos.
Magnolios verdes, brillantes, coloridos...
Vuelve a mi casa; mis ojos espantosos,
lloran porque te has ido...
Caballero español de fina estampa.
Aventurero, truhán, bohemio, gordo...
flaco, rubio, moreno, colorado...
En mi jardín ya florece el jazmín.
Ya florece, mi niño, ya florece.
Y ya perfuma kilómetros cuadrados.
Hasta papá está jugando a los dados.
Y olisquea la fragancia que ofrece.
Rústicos cardos; como los de tu pelo.
Fingidos porches con el toldo al viento.
Suave mujer que endulza con su velo.
Atardeceres rojos y sedientos.
Labios como el color de la amapola.
Él ya se va y ella se queda sola.
Ojos en los que nadan los Océanos.
Balsa en el mar. Te contemplaré un año.
Un año entero. Ven a acompañarme.
Tú aún estás aquí; yo no me he ido.
Volverán a vestirse los cristales de aire.
Y lloverán tormentas de pétalos de rosa...
... nunca sabrás lo que te has perdido...
cuando mi boca entera caiga sobre tu boca...

Ven cuanto antes.

Ven cuanto antes, niña,
ven cuanto antes.
Que sin tí ya no trinan los elefantes.
Los elefantes, niña,
los elefantes.
Noche de luna llena,
ven cuanto antes.
Por el sendero pasan varias familias.
Unos van cabizbajos,
otros con alegría.
Y lo que dicen, niña,
no te concierne.
Que allá abajo en la viña
un árbol florece.
Olor de madre selvas y de magnolios.
Que en un ratito llega ése tu novio.
Ése tu novio, niña,
ese tu novio.
Olor de madre selvas
y de magnolios.
Canta a la noche oscura
con mil luceros
que para tí quisiera
el mundo entero.
El día ya amanece
por lontananza.
Y una rosa florece
sobre mi palma.
Sobre mi palma, niña,
sobre mi palma.
La mañana surgía
allá en la plaza.
Allá en la plaza, niña,
allá en la plaza.
Con colores de mirra,
luz de esperanza.
Súbete a la escalera
de mi ventana.
Verás la primavera,
cuando despunta el alba.

Cuando despunta, niña,
cuando despunta.
Déjame partir leña...ni una pregunta.
Ni una pregunta, niña,
ni una pregunta.
Que las pequeñas riñas
ya no me gustan.

No llegues tarde.

Te espero en el sueño de siempre; no llegues tarde.

Que hace tiempo que no abarco tu fino talle.

Canta la rana.

Y el corazón me avisa: vuelve mañana.

Iré a peinarme.

A la sabana extensa; perfuma el aire.

Lavanda en flor.

Duérmete mi pequeño, duerme mi amor.

Yacía sobre las sábanas un cuerpo.

Llenaba con sus lágrimas los odres,
reservados al vino añejo.
Yacía sobre las sábanas un cuerpo,
languideciendo delante de un espejo.
La mirada hacia el cielo interrumpida,
como clamando clemencia impenitente.
Basta ya! No quiero más rencillas.
¡Horas vendrán que anuncien al valiente!
Recorrían sus ojos embusteros,
los entresijos de su gallardía.
Y no encontrando mayor melancolía,
le gritaban al aire; arreboleros.
Píntame, Greco, a los doce apóstoles,
busca sus caras en lugares públicos.
Otros vendrán que recuenten la diástole,
y la sístole de sus pobres impulsos.

Se abría la mañana.

Se abría la mañana lentamente.
El sol ascendía por peldaños invisibles.
Rozaba el mar con sus rayos permanentes.
Que esculpían ondas doradas; previsibles.
Baja la niña, llorando, a la ensenada.
Nunca su corazón fue tan osado.
Perfuma el aire una ráfaga salada.
Como la lágrima de un enamorado.
Se acerca al agua, densa, refrescante,
e introduce sus pies sobre la orilla.
Vagabundea, sin mirar hacia adelante.
Sus ojos líquidos brillan cual diamantes.
Déjame que te cuide y que te abrace.
No quiero, hermana, aunque es lo que deseo.
Pásame ese cepillo con esmero.
Y déjame soñar que todo es fácil.
Quizá algún día vuelva, enamorada,
a cantar al amor y a sus pasiones.
Quizá algún día la rosa se me abra,
perfumando mi pecho y sus galones.
Gaviota voladora que planeas,
aire marino que trastorna mentes.
Caracola enterrada en las arenas
rubias de la bahía y sus simientes.
Piedrecillas marinas; de colores,
coleccionadas para ver en invierno.
En un frasco con agua, y sus olores,
asemejan ese trozo de mar, que ya no veo.

Nueve de junio.

Se la llevaban al río a que se bañara.
El gran sol apretando por la mañana.
¡Aún no es nueve de junio!
Pero con mucho gusto me mojo el culo...
¡Ay, qué caló!
Cuatro duros de pipas y un edredón...
Para las noches breves junto al salón.
La chimenea,
lanza chispas, crepitan y se menean.
Y al día siguiente,
me bañaré en la poza de mi pariente.
La luna llena, oronda, se ha perfumado
para pasar la noche junto a su amado.
Trae finas ropas.
Los árboles la ocultan entre sus copas.
Y mi torito,
la mira embelesado, cuernos al viento.
¡Vístete ya, mi niña, que yo voy lento!

Más allá del letargo.

Inundada la fina arena por las olas del mar.
Serpenteando...
Achicando bajamares y lamiendo las caras de la luna llena.
Vociferando...
Ruge el mar en su postrer agonía.
Desesperando.
Viene a encontrarse con tu cuerpo desnudo.
Inusitado...
Desde las rocas del embarcadero.
Voy pregonando.
as nueve caras de mi luna lunera.
Y de mi charco.
Ven esta noche a encender la chimenea.
Con mis abrazos.
Troncos que huelen a hogar encendido...
más allá del letargo.
Y una cena preparada en puchero.
Que con las ascuas,
Calientan la comida y la cocina.
Te alegra el alma.
Voy a vivir siempre en tí.
Brindaremos por ello.
Con vino blanco fresco y suave, al sentir.
Romances bellos.

A la sombra de un pino.

Surgía de la noche, a la desesperada,
entre brumas azules y la esperanza helada,
necesitaba compartir viejos desvelos,
entre el mar y las olas que rompen
...al compás de la luna...
¿Quién anda por ahí?
¿Quizá has retornado,
por entre bosques, ríos y montañas?
¿Quién anda por ahí?...
Ya me has dejado,
roto el corazón. ¡Tirado en la ensenada!
Feliz aquél que nunca ha estado sólo.
Soledad que se mece en hamaca, a la sombra de un pino.
Un pretendiente te busca en su vespino,
alargando las horas para poder disfrutar de tu presencia,
mientras las mariposas dibujan cabriolas al unísono;
hastadas de revolotear sobre la hortensia...
Dulce lugar de sueños no estrenados,
Un día habrá en que los tengas entregados
al Dios Morfeo,
y mientras, la corriente del río.
Se va para otro lado...

Música de la Naturaleza.

Se oye la alondra cantara la orillita del río,
grandes ríos le separan
de la ciudad y su ruido.

Torrente que va hacia el mar
en bajón precipitado,
corriente de agua. Soñar...

Música inmensa
de la Naturaleza.

Y, con franqueza, ¿qué es soñar?

¿Se puede soñar despierto gran parte del día?

...a mí me pasa...Vivo en una nube de algodón muy dulce...

y por eso creo firmemente, río,

que un día llegarás al mar:

a tu madre acogedora y cariñosa...que soy yo.

No es posible.

No es posible ponerte a mi lado,
desde el ascensor de mi mirada.
No es posible tenerte entre mis brazos,
pues tu respuesta es nada.
Quizás un día,
recordarás los versos que te he dado...
Tal vez un día cantará la alondra...quizás un día.
Florecerá el nópalo amarillo,
al trasluz de granados en flor.
Recordarás las cosas que un día nos dijimos las dos.

Silbando, silbando.

Silbando, silbando,
pretendiendo ser feliz,
cuando la melancolía estruja con mano implacable sus cuerdas bucales encadenadas.
Sonriendo, sonriendo,
pretendiendo engañar al espejo,
Cuando su boca por dentro despide el hedor de un diente picado.
Rogando, rogando,
pretendiendo una fe que no tiene,
porque estamos en pelotas y ya no nos queda ni para tabaco.
Soñando, soñando,
pretendiendo quedarse dormido,
cuando en el fondo sabe que su almohada es la clave para poder continuar avanzando.....
Al día siguiente.

La noche se instala, allá en el horizonte.

La noche se instala allá, en el horizonte....
para que veas las estrellas de Tacoronte.
Pero el día amanece, aún con más fuerza.
Sol orondo que crece desde la izquierda.
Más allá los pinares rompen la tierra...
El pueblo espera al sol. Las persianas del colmado echadas.
La calle del Calvario es muy empinada,
su sendero es de jazmines y de granadas
...y algún geranio.
Quitaré mis tacones e iré descalza.
Oraré al Cristo de la capilla
que señorea en lo alto de la atalaya.
Donde el mar es inmenso y la pequeña villa,
enlentece su ritmo para bañarse en agua.
Agua marina.
Luego fregaré los platos de la cocina.

La mañana.

La mañana emergía de la noche sepultada.

Las estrellas palidecen con la luz del nuevo día.

El sol orondo se asoma desde mi ventana.

Se terminaron las noches de vigilia.

Hoy soy un hombre renovado.

Me doy cuenta.

Me doy cuenta,
que a pesar de mis años aún sigo entera.
Melancolía.
Del cristal empapado tras la llovizna.
Bullen las olas.
Y el marino recrea sus dulces odas.
Odas al viento.
Mira a mis ojos, niña, que estoy hambriento.
Abre las alas.
Volaré de mañana por la ensenada.
Ruego por tí.
Naceré nuevamente para sentir.
Rayos de sol.
Uno llega directo a mi corazón.

Hoy hago sobremesa.

Hoy hago sobremesa en el sofá naranja.
Junto a amigos desconocidos para mi familia.
Amigos de hace ya más de quince años.
De los que no tienen noticia.
Y yo aclaro; mando fotos, wasshapeo,
y se ponen nerviosos al instante.
No parece que estén por la labor,
de admitir algo nuevo para ellos.
Hoy hago sobremesa en el sofá naranja,
deseando que un día sea mi familia,
la que venga a ocupar los asientos ocres.
Y reine la armonía.

El romero en el vaso reposando.

El romero en el vaso reposando.
Te traerá suerte, me dijo la gitana,
que me leyó la mano esta mañana.
Cuando iba a misa...
Repican las campanas y ella insiste
en que voy a tener suerte de por vida.
¿Ves esta línea?; ahí se dibuja claramente.
Amor y alegría...
Le di mis últimos cincuenta céntimos.
Ella me protestó: "eso es muy poco"
No, si ya lo sabes de antes...como es mi caso.
El romero en el vaso reposando.
y derramando su olor refrescante.
Mañana iré a ver a la gitana.
Y llevarle su parte...

Siento libre el corazón.

Siento libre el corazón...
los miedos ya se disipan.
No me preguntes por qué.
Creo que me necesita.
Yo le necesito a él
pá que me haga compañía.
Juntos al amanecer.
Juntos al anochecer.
Juntos en cerrada noche.
Y juntos a mediodía.
Desde el sofá de mi casa
silba el himno a la alegría.
Mientras barre, friega, pasa...el mocho con gallardía.
Me ayuda mucho este chico.
Es caballeroso y digno.
Si nos hemos encontrado
es porque sería mi sino.
Y me alegro de tenerle
a mi lado todo el día.
Amigos vienen a verme
que me respetan
su compañía.

Cumpliré mi condena.

Cumpliré mi condena por tí.
Dejaré libre al viento todos tus cargos.
Pagaré fianzas, extorsiones, corrupciones, penas...
Hasta que vea florecer la rosa blanca en tu jardín.
Todo es posible. Nada me espanta.
Solamente quiero verte limpio.
Limpio de los cargos que ellos te imputan.
Y que no son ciertos.
Balanza que se inclina hacia la izquierda
como tu corazón.
Corazoncito humilde que derrama.
El estribillo de una canción.
Alma sensible que llora impotente,
cuando lo humillan.
No hay defensa posible; ya te han etiquetado...sin conocerte.
Y yo testigo impenitente,
mirando muy de cerca la injusticia.
No. Seré yo quien cumpla la pena
de estar aquí a tu lado.
Mirando tiernamente tu perfil.

Silencio.

Silencio... mucho silencio.

Es mi deseo, silencio.

No quiero ruidos.

No quiero cortapisas ni conspiraciones.

Quiero ser yo.

Silencio para cantar a mi amado.

Dulces canciones que me hablan de él.

Silencio para escuchar los latidos de su gran corazón.

O de mi respiración.

Silencio.

Silencio deseado...

Atardece la tarde.

Atardece la tarde
las sombras alcanzan su máxima longitud.
El sol se tiñe de colores ocres....que el mar intenta copiar.
Atardece la tarde y los marinos
arrían las velas de su embarcación.
Solitarios, recogen sus aperos.
Gaviotas sobrevolando sobre sus cabezas.
Atardece la tarde, y yo, con mi perrita Lluvia,
voy caminando hacia el espigón.
Lugar donde se juntan los marinos,
a vender boquerón.

Un día verás.

Un día verás cómo amanece...
mientras piensas en mí.

Me gustan tus silencios.

Me gustan tus silencios, son misteriosos...
La mirada cercana en el compás de un libro.
Nenúfares flotando en cristalinas aguas.
Y tú en primera fila observándolo todo.
Me gustan tus silencios, más también cuando hablas.
Culta cadencia de datos olvidados...
Me gusta cuando hablas, pues eres mi Maestro.
Creo que entraste en mi vida sólo -¿sólo?- por eso.
Al fin he conseguido ser feliz. Infinitas gracias.

Me dijiste adiós.

Yo sé que un día volverás
a mi lado.
Que tu gatita maullará
en tu tejado.
Un pensamiento febril
del pasado...
Y ¡zas! ya estarás en mí...
Me dijiste adiós desde tu ventana,
y yo quise creer que existiría un mañana.
Mañanas dulces con sabor a caramelo,
a azúcar y jazmín; suaves como el terciopelo.
No me ves; no te veo; pero te tengo cerca.
Vibra mi corazón al sentir tu ausencia.
Me dijiste adiós y yo todavía no me he ido.
Perdóname, mi amor, te he desobedecido...
...quizá algún día miraremos juntas la luna creciente.

Un día después.

Un día después y nada ha cambiado.
Las nubes se ciernen sobre mi tejado.
Miro la luna oronda, los labios encendidos,
por un toro soñador que se los ha mordido...enamorado...
Cuántas canciones se agolpan en mi garganta,
canciones guerrilleras, repletas de esperanza.
Nada ha cambiado.
Hoy comeré lo mismo que ayer...
macarrones salados.
Tengo, tengo y tengo del verbo haber.
Juguetonas versiones de nuestra red.
En que nos atrapamos.
El pueblo llano clama pidiendo un cambio.
Y mi cuñado,
no ha sacado escaños para sus filas.
Dieciséis estaciones a la basura.
Y un sinfín de proyectos encadenados
a lo largo de días y hasta de años.

Por los cañizares baja.

Por los cañizares baja
la procesión.
Miles de hombres devotos
y una canción.
Cantan al Cristo-aunque nunca le han visto-,
que lleva elevado
el capellán.
La llaga, la corona y la bondad.
Son muy austeros.
Cuatro pares de panes
y un vino bueno.
Aunque no le han oído.
Encadenarse en el huerto
de los olivos.
Y recibir con gracia
el beso envenenado
de codicia, traición,
y falsedad.
Él ya le ha perdonado
sin vanidad.
Con sentimiento.
Una llaga al costado; mirada al viento.
Ruega por mí, se dicen,
los pecadores.
Y Cristo les escucha
lanzando flores.
Flores del cielo
que son las estrellitas
y los luceros.

Subía por la pradera.

Subía por la pradera con un gran ramo de florecillas.

Cogidas por el camino que lleva al río.

Vino a entregármelas.

Su sonrisita al viento daba las gracias.

Gracias a tí, tesoro por esta ofrenda
de flores, de narcisos y de violetas.

¡Cuánto te quiero!

Con sonrisa en la boca, le dí un beso...

Y mi hija Laura.

Redobló la sonrisa con la mirada.

Me tiro un pedo

Me tiro un pedo en el baño
y alguien se ríe en el comedor...
Antes nunca me pasaba...

La sonrisa prendida.

Paseaba al sol de media mañana, una primavera.
La sonrisa al viento, y yo andaba sola con mis pensamientos.
De pronto una herida se me hizo en el pecho.
Me acordé de algo pasado. Y me rompí como una muñeca de trapo.
Que no se viste, que no se arregla, que apenas come.
Que no trabaja y que se refugia en su enfermedad.
Porque se niega a apartar a toda costa las telarañas inmundas.
Cuando sabe que lo bello lo tiene a su alcance...

Cabizbaja la hoja

Cabizbaja la hoja en su postrer final.
Exuberantes pastos en praderas nacientes.
Soledades marchitas entre troncos roídos.
Y el ruido de una ardilla con Alzheimer.
Y yo en la cuneta viendo pasar los coches
sin atreverme a cruzar.

Estados de ánimo.

Hoy por fin he visto salir el sol desde mi ventana.
Iluminaba los árboles, que, alegres, se mecían a favor del viento.
Iluminaba los edificios redondos del patio.
Desafiaba a las sombras.
Los mirlos despertaban al compás de sus trinos...
Y yo me dije: Carmen; aún estás aquí; no estás muerta.
Sólo te sientes mal porque estás sola.
No hablas con nadie.
Pero hay mucha gente allí fuera esperándote.
Deseando que te animes.
Y que vuelvas.
Es que Laura no viene; no me llama...Déjala, cariño.
Déjala crecer.
Deja que termine este martirio también para ella.
Espera a que se ponga buena. Que concluya su bloqueo emocional.
Porque está muy cansada. Hastiada.
Y necesita espacio y tiempo para respirar.
Yo la voy a dejar, pero eso no impide
que todas las mañanas le dé los buenos días
y al ocultarse el sol le voy a desear toda mi vida un feliz descanso.
Así Carmen, así. Sin obsesiones; sin reproches.
Ella no tiene la culpa; yo tampoco; de ser seres tan sensibles...
Y mientras los mirlos, los jilgueros y los gorrones siguen cantando.
Las palomas ululando y cagándose en mi coche.
La resina ensuciando los cristales inmaculados;
las flores de los tilos posándose en el parabrisas...
he perdido el mando del garaje... otra vez.

Será que mi inconsciente corazón

No hago otra cosa que pensar en ti-Tranquilo y solitario.
Con la cabeza a medio componer...un cuadro de Picasso.
Será que mi inconsciente corazón
me dicta demasiao de prisa
o será que mis días de pelear
han llegado a su fin.
Más no me rindo.
Nunca lo he hecho y nunca lo haré.
Soy como las prisas de un viandante
que sube las escaleras mecánicas corriendo.
No es literal. Son parábolas.
O Metáforas, como se prefiera.

Se lo llevaban.

Se lo llevaban río abajo.
Mirad cómo le traían.
Río abajo iba pulsando
las tretas de toda una vida.
Corre, carretilla, corre.
No te cansen tus zancadas.
Que hay quien las tiene muy cortas.
Que hay quien las tiene muy largas...
Se lo llevaban...
Y no volvió
mi cuñado Marcos
por la fuente se metió.
Se lo llevaban...y aún le seguían
dos águilas bicéfalas
con cinco garras

Ecos de la noche.

Ecos de la noche vienen.
Ecos de la noche van.
Van y vienen escondidos
en su inútil caminar.
Cuando sea mayor y sienta
esta canción singular
será porque ya me he muerto
y no tengo en qué pensar...
Ecos de la noche vienen.
Ecos de la noche van.
Van y vienen escondidos
en su triste caminar.
Si me pilla pronto el día
n que la voy a palmar
beberé un vaso de vino
y fumaré, nada más.
Ya le llevan por las calles.
No hubo tiempo de fumar.
Se terminó el cafetito.
Y le asan sin piedad.
Al Teide me subiré
para extender tus cenizas
grises y blancas y doradas,
verdes, rojas y amarillas.
Ecos de la noche vienen.
Ecos de la noche van.
Van y vienen escondidos
en cansino caminar.

Se rompió el día.

Se rompió el día.
Una voz fina resuena en mi teléfono.
Marcos no está se ha quedado dormido.
Entre un café y un cigarro que ya nunca llegó a encender.
Se rompió el día y con él dos corazones.
Los de sus hijos ya descorazonados.
Por la tremenda ausencia de una madre.
Hace sólo tres años.....y ahora esto.
Se rompió el día.
Se rompió el día y el cielo se pobló de nubarrones.
Caía un diluvio en el alma de sus hijos.
Dácil quiso batirse en retirada.
Javitxu esperaba atónito a que pasara el temporal...
Cristina me llama desde entonces a diario.
Su cielo se rompió,
también su día.
Ella había venido a Madrid para quedarse
con él.
No pudo ser. Le socorrió en su final.
Se rompió el día.
Un catorce de enero.
Ya nunca volverá a pronunciar sus risas estruendosas.
Ni su hamalahí hamalahá hamalahimilihimilihá.
Con que nos saludaba a sus amigos.
Se rompió el día, Marcos. Nunca te olvidaremos.

No la encontré.

Y salí al sol de la mañana.

Y no la encontré.

La llamé, desgañitándome por valles, ríos y montañas.

Y no la encontré.

No pude ver su precioso perfil.

Ni su carita maravillosa.

No pude oír
su voz infantil.

Porque no la encontré...

Vuelve conmigo
porque te quiero.

Vuelve a mi lado.

Sin ti me muero.

Se rompió el cielo.

Se rompió el cielo. Llovía.

Era sólo una tempestad contada en minutos.

Tormenta de verano que invita al recogimiento.

¡Cuánto anhelaba ponerme esa chaquetita de croché que me tejó mi madre el invierno pasado!

Y el gramófono reproduce la misma canción una y otra vez.

La capa azul del cielo se puebla de nubarrones.

Melancólica canción que habla de la lluvia tras los cristales.

Y así; más tarde con un té verde en la mano y mucha,

mucha hierbabuena,

recorremos a sorbitos los rincones de nuestra alma.

Destilan los campos gotas de rocío.

La mañana es fresquita, ya pasó la tormenta.

Amanece un sol orondo y anaranjado.

Por detrás de las peñas y de los pinos piñoneros.

Canta el verde caos de los lamentos en flor.

Ruinas legendarias pueblan nuestra mente.

Quiero verte.

Quiero escuchar tu subyugante risa cantarina.

Pero te has ido con la tormenta.

Montaste en el arca de Noé y me dejaste en tierra.

¡Cómo no extrañarte!

Se rompió el cielo. Llovía.

Era una tempestad contada en siglos.

Cuando un amigo.

Cuando un amigo te necesita...

Deja inmediatamente de limpiar el polvo.

Un día de playa.

Bailábamos en silencio un vals.
Reíamos en silencio un chascarrillo.
Coreábamos en silencio una canción.
Corríamos alborozados sobre las olas del mar.
Salpicaban nuestros pies gotas transparentes y salinas.
La playa, a medio camino, nos empujaba en silencio.
Y en silencio nuestros cuerpos se hundían sobre la arena.
Rubia, transparente y fina cual las cuentas de un reloj.
Paseábamos nuestras mentes entre riscos plateados.
De una luna emergente que entre ensueños ha llegado.
Al acecho de cabriolas y de desnudos deseos.
Donde el cuerpo es el preámbulo de lo que está por llegar.
Mar abierto, espuma y olas configuraban la página.
De este libreto inconcluso que nunca se editará.
Ondas que el viento traía, a ritmo de bandoleón.
Los pescadores en marcha desde la madrugada.
Barcas repletas de anzuelos, de sedales y de cubos.
Aperos para la pesca del boquerón del Rincón.
Del Rincón de la Victoria, el más famoso de España.
Y el capitán, en su nave, pone rumbo a alta mar.
La mañana está preciosa. La gaviota vuela ya.
Otras muchas, en la orilla, esperan la pleamar.
Paños, corbetas, alondras, todas esperan pescar.
El vapor de la ensenada, al otro lado del mar.
En la orilla, los dos niños buscan conchas sin cesar.
Buscan piedras de colores. Dibujos de eternidad.
Caracolas y guijarros que guardarán al llegar a su casita,
en la caja de los tesoros sin par.
Con rastrillos, cubos, palas, agua y arena levantan
el más bonito castillo que se haya visto en la playa.
Una ola ruge y amaga con destruir la construcción
de alacenas y de puentes levadizos.
¡Pero! ¡Oh no!...
Va pasando la mañana. La tarde llama a la puerta.
Luces distintas y bellas salpican en la alborada.
Y la tarde, enardecida, se adueña de sol y sombras.
Barcos de vela recortan su blancura sobre el agua.
Y el sol tiembla a lo lejos. Se tumba en el horizonte.
Dorados y ocreos colores rielan en el lienzo azul.
Anochece. Cae la tarde y la noche se aposenta.

El pueblo enciende las luces, tímidamente, al albur.
El paseo se completa con familiares viandantes.
Helados de chocolate, carritos y paseantes.
Una chaquetita al vuelo por si refresca, mi amor.
Que aquí en la costa la noche nos trae algo de frescor.
Y en la casa, una muchacha peina su rubia melena
Mirándose en el espejo, con el ventanal abierto.
Lleva puesto el camisón blanco con nido de abeja.
Al contraluz, esta noche, se dibuja su silueta.

Madrecita inocente.

Dos luceritos lucían en la alborada.
Dos perlas blancas contaban cuentos de hadas.
Dos muñequitas jugaban esa mañana.
Dos pajaritos teñían de azul el alba.
Y se marcharon.
Rodando por pendientes y por abismos.
Ya nunca volverían a ser los mismos.
Mis dos tesoros.
Que desaparecieron entre los lodos.
Y no volvieron.
La luna llena crece, pálido el velo.
El lobo está al acecho de lo más bello.
Canta la rana.
Y yo me desespero junto a la almohada.
Y se fugaron.
Tres corazones rotos tan sin sentido.
No alcanzo a comprender nunca el motivo.
Sufro en silencio.
La llamada no llega y yo me obceco.
Y se marcharon...Y no volvieron...Y se fugaron...
Por angostos caminos... ¿dónde llegaron?
Madrecita inocente, ¿y esto hasta cuándo?
¿Qué castigo mereces? ¿Por qué este tango?
Hay amores que matan con mil puñales.
La noche se hace larga y el tiempo pasa.
Pasa deprisa.
Mañana será tarde para reencuentros.
Tal vez sería mejor tomarlo a risa.
Porque la vida es breve; esto no es cuento.
Se han olvidado.
De lo que hice por ellas allá en el Sur.
Del trabajo y desvelos; mi Santa Cruz.
Desprestigio maléfico que voy a recordar...
A través de canciones donde tú no estás.
Madrecita inocente, ¿y esto hasta cuándo?
¿Qué castigo mereces? ¿Por qué este tango?
Llora mi alma.
Diluvia en un rincón sobre la almohada.

Oda a Pablo Nevado.

Un muchacho temblaba
tras la capota.
El toro, embravecido,
va haciendo ondas.
La muleta en la mano,
en la otra el trapo,
verónicas al viento
vaivén innato.
Ver tu sonrisa...Quisiera estar ahora
junto a la plaza.
Para ver torear
al rey de España.
Y mañana si quieres
nos marcharemos
a beber de la fuente
de los puentejos.

Resina, escarcha y nieve.

Pléyades
llorando el cielo.
Fina lluvia de astros,
anocheciendo.
Árboles bailarines,
tupido copo.
Arroyos cantarines,
agua en el chopo.
Resina, escarcha y nieve,
en la montaña.
Dime niña si vuelves
esta mañana.
Esta mañana vengo,
para adorarte.
Despertaré a las olas
y a los zagales.
Tengo cinco sentidos,
cual cinco dedos.
El corazón susurra
muerde el lucero.
Lucerito que envuelves,
entre organdí
la claridad que enciende
dile que sí.
Que sí le espero,
preparando la cena
entre pucheros.

recostadas,

Pues me equivoco.

Pues me equivoco...la mañana la paso
de interrogatorio.
A la tarde ha venido con paso presto.
Algo no le ha gustado y lo ha pospuesto.
Ha pospuesto la cita para otro día.
¡¡O al menos eso creo!! ¡¡¡Ave María!!!
Vino con su pareja.
Yo tenía a la mía oído presto...
Por si hace falta testificar.
Porque nunca se sabe
lo que pueda pasar.

Prende claveles.

La hora exacta.

Marchaba por el camino

a la hora exacta.

A encontrarme con mi niño...

a la hora exacta.

Prende claveles.

Les llevo a rebujitos por los manteles.

¡Siéntate niña!

Llegas embarazada

y muy cansada...

Lucen faroles

pasé el día con mi hija

y ya es de noche.

Ven.

Oleajes vertiginosos que se calman en la orilla.
Cuando la lengua de arena le hace lecho y almohadilla.
Vibrar, cantando sonidos, que resuenan en los montes.
El rocío se desparrama entre helechos y praderas.
Pensar, que en otra vida eras,
la más profunda dama de noche.
Ven. Te voy a llevar en coche a Los Molinos.
Por caminos florecidos de hortensias y de rosales.
Por senderos de la sierra que preconizan cantares.
Por inmaculadas nieves donde aún nadie ha hollado.
Por minúsculos lugares con los que siempre has soñado.
Ven. Te voy a llevar al río.
Para que veas a Patuco bucear en la charca de allá arriba.
Son sólo cuatro repechos, súbelos despacito,
ya llegamos...a la cascada, dueña de tus ensueños, y así con brío,
romperás a llorar por todo lo perdío.
Dulce amapola.
Que enrojeces los campos de mi señora.
Y Siete Picos
alumbrando el camino para los niños.

Acepto.

Acepto que soy una manirrota,
en afectos.

Acepto que soy una orgullosa,
de mis seres queridos.

Acepto incluso que me llames egoísta
de lo que es mío; íntimo.

Que mi vista no se cansa
de mirar amaneceres...

ni puestas de sol,
ni lunas llenas.

Que mi alma resuena como lo hace el riachuelo,
peñas abajo.

O las olas del mar descansando en la dorada arena.

Acepto.

Mirándote a los ojos, imagino...

Mirándote a los ojos, imagino...

que has perdido hace tiempo la inocencia.

Que callados reproches te sembraron

como el que hace compost en la basura.

Que cerraron tus ojos para hundirte.

Que sellaron tu boca con un beso envenenado.

Que enceraron tus oídos con tapones

de cera de abeja.

Y mientras tanto

tú cantabas tu canción de la Chavela Vargas.

Descorrías las cortinas de tu cuarto.

Y respirabas el suave perfume de la noche.

De la noche estrellada.

De las constelaciones y los asteroides.

De las sempiternas nebulosas.

De la luna y de los planetas.

Cuéntame un cuento; haz algo.

...Pues me quiero morir.

Y quise ir a su encuentro.

Y era noche cerrada.
Y un lucerito verde llegaba hasta mi cama.
Volaban las cortinas...las ventanas abiertas al roce del alba.
Comprendí muchas cosas.
Que personas y mundos se construyen por dentro.
r dentro de nosotros.
Hacia limpias salidas de una tierra de nadie.
Y apareció al instante.
Colgados los recuerdos de la sogá distante.
De la cuerda tensada.
Cual crisálida que pugna por salir de la nada.
Y pronto amanecía.
La aurora clareando, trepando las paredes.
Marchitándose al sol.
Al sol impenitente de un sueño de verano.
Y entonces recordaba...
Y en mi remembranza veía su carita.
Su carita de luna.
Serena y sonriente como un vals en el aula...
...de la fortuna.
Y quise ir a su encuentro.
Y ella con gran amor me impidió la salida.
No corras, Carmen, porque el tiempo no existe.
Es una entelequia.
Es la brújula exacta que mide el equilibrio.
Para que no perdamos de vista nuestro eje.
Cuatro estaciones; cuatro puntos cardinales.
Siete colores. Siete notas musicales.
Ahora son las cinco sólo para que nos entendamos.
En realidad, es ahora. Ahora y siempre, porque siempre es ahora.
Y el tiempo rueda cuesta abajo.
Y una fa rueda pentagrama abajo.
Y el azul destiñe los mares y los cielos.
Y el amarillo brilla insomne y apresurado...
Voy a ser feliz; feliz como mi hermana.
Aunque deba anestesiar-me a causa de alguna prueba...
que debo solucionar.

Zumito de naranja.

Pinceladas de amor... las nubes rosas
Aún está amaneciendo y ya es muy tarde....
Tarde para abarcarte entre mis brazos...
tarde para sentir que aún estás viva.
Sigo siendo la misma y sin embargo
algo ha cambiado imperceptiblemente,
continúo aun dando los mismos pasos,
al sendero de rosas y claveles.
Y tú allí chiquitita, silenciosa...
embriagada de aromas de rocío,
frente a las magníficas montañas
que componen el Alto Guadarrama.
Y yo te quiero y no sé cómo expresarlo
Te diré hasta luego: nunca a Dios
como aquél 27 de febrero
en que te fuiste derecha hasta el fogón...
Porque llegaba Puche a probar tu zumito de naranja
que luego agradeció.

Renglones.

Porque te quiero a tí escribo estos renglones
llenos de amor que quisiera te llegasen
de algún modo invisible... Adita; si aún estás aquí,
quiero que escuches que todos te queremos de un modo incondicional y enorme.
No hay palabras; se me quedan cortas; ¿cómo se dice "te quiero" de verdad? ¿Cómo se dice que
te amaremos siempre y que pidas por nosotros allá en la Eternidad? ¿Cómo pudo romperse ese
velo que separa la vida de la muerte? ¿Por qué tú, mi pequeña? ¿Por qué precisamente tú?
¡Estabas tan llena de vida, de planes y de proyectos!
Me parece mentira que todo haya terminado de una forma tan repentina.
Adita. Adita. Adita. Nuestra preciosa Adita.
Luz que ilumina nuestra alma. Luz que penetra en lo oscuro y nos da claridad.
Adita, tu ejemplo, ¡cuánto te admiramos!
No has podido hacerlo mejor. Siempre elevándote con tu bondad.
Siempre solidaria con los de otro lugar.
Siempre tan atenta y cariñosa. Siempre tan generosa.
Siempre tú
Gracias, mi amor.

Adita.

Triste en la penumbra de la casa, porque ya no estás.
Volverás a llamar a mi puerta con tu sonrisa angelical.
Nos sentaremos juntitas en el sofá.
Me contarás; te contaré. Amigas para siempre... para siempre, siempre.
Tú y yo, mi vida, teníamos vidas paralelas.
Y nos uníamos en las tribulaciones.
¡Cuántas veces te he visto triste y angustiada!
por culpa de esa traicionera enfermedad que nos aqueja.
Pero ya no. Ahora estás en el cielo.
Y sé que todo en tí es Paz.
Paz y Amor, con mayúsculas.
Porque te siento junto a mí como nunca,
dándonos ánimos a todos los que tú querías, que eran muchos.
Dios se apiade de tí y te tenga en su seno.
Dios misericordioso que lo perdona todo.
A tí no tenía nada que perdonarte,
sólo agradecerte el haber sabido llevar una vida tan plena.
Amante de tus hijos, y de tus padres,
de tus hermanos, sobrinos y resto de familiares.
Eres la Luz Inmaculada que alumbra mi camino.
Para creer que después de esto existirá un mañana.
Lleno de Paz, Adita, ¡cuánto te quiero!
Mis palabras no sirven para expresar lo que siento.
Perdóname.

Adita 1.

Adita es el sol que renace a cada instante.
Adita es el sendero por el que todos caminamos.
Adita es la fuerza, la cabezonería,
de sentirse angustiada y remontar un día.
Adita es la Paz, allá en el infinito.
Nos ha dejado tristes, más no desconsolados.
Porque sabemos que ella ya disfruta de Dios.
Al lado de los ángeles y de los santos del Señor.
Adita es luz que alumbra nuestras tribulaciones.
Un corazón tan grande no cabe en ningún cuerpo.
Adita es la humildad, la concordia, el perdón...
Adita es alguien fácil, muy fácil de admirar.
Ha concluido su viaje por este mundo ruin.
Ahora está ya en el cielo: Ahora es un querubín.
Y los que la lloramos, demos gracias mañana
de haber tenido la suerte de acompañarla.
El inmenso honor de haberla tenido como hermana.

Se nos ha ido.

Se nos ha ido temprano, tenía prisa
por encontrarse con Dios a quien quería.
Se nos fue una mañana de tibio otoño,
las castañas asándosele en el horno.
Para sus hijos.
Con ellos todo era hartito prolijo.
Y un puñadito para sus padres y sus hermanos.
Le gustaba llevarnos siempre algo entre las manos.
Era feliz ahora mi dulce hermana Adita
un sinfín de proyectos en su cabecita.
Pero de pronto.
Vino la muerte a verla,
se enamoró de ella,
y la raptó.
Y ella, ¡pobre!, moría de un ataque al corazón.
Corazón desgastado a fuerza
de tanto amor.

La fina hierba.

Tengo fe en algunas cosas de este mundo.

Fe en que hay gente buena por ahí.

Fe en el tiempo que dedican mis hijas,
en estar junto a mí.

Agradezco infinito todo su apoyo.

Agradezco las tardes que me ofrecen.

Agradezco sus enormes sonrisas,
cuando algo las enardece.

Miro hacia el cielo y contemplo la mañana,
azul y blanca, como un querubín.

Miro a los árboles y veo cómo se filtra,
el ostentoso sol de mi Madrid.

La fina hierba también tornasolada,
a pinceladas como de acuarela a mediodía.

Los ocres, los castaños, los verdes y amarillos,
se suceden en inmensa melodía.

Y yo contemplo todo: a mis hijas,
tan grandes, pero tan pequeñitas,
y me alegro de que estén a mi lado,
y dedicarles yo también, mi cálida sonrisa.

Rozando el desahogo.

Me levanto. Las rodillas no quieren obedecerme.
Así y todo, lo intento. Ya estoy de pie.
¿Y ahora qué?
Suenan clarines de almas bienintencionadas,
Yo, que hasta ahora sólo he sabido errar.
Caen los minutos y sigo sin adaptarme
Al torpe caminar.
Todo en mí es quietud y soledad.
Me falta la fatiga tantas veces sentida
De un hombre entrelazado.
De un capitán de barco que dirige
Los movimientos de su tripulación...
Y yo sola y confusa me desespero
Sentada en mi sillón.

Rabia.

RABIA Rabia.

Siento rabia de toda esa gente buena,

De los que nunca han roto un plato.

Será porque yo he errado tantas veces,

que ya no recuerdo la más equivocada.

Rabia. Siento rabia por todos esos santurrones

que se confiesan sin arrepentimiento.

Será porque yo estoy eternamente obsesionada,

por las cosas que podría haber hecho de otro modo.

Rabia al fin por las mentes preclaras,

que anuncian a bombo y platillo que nos van a ayudar.

Cuando lo que realmente hacen son discursos demagógicos,

en los que impera el enrevesado espíritu del sálvese quien pueda.

Lúgubres los pasos.

Lúgubres los pasos que chocan contra el viento,
Lúgubre el pensamiento.
Lúgubres las esquinas con farolas de gas,
Lúgubre mi bondad.
Despierto a una mañana intempestiva,
Repleta de oquedades.
Mis ojos contemplaron la terrible heroicidad,
de una muerte asestada e inmisericorde.
...La mía.
Las arenas del desierto se conmueven.
Tropiezo y caigo.
Y otra vez me levanto en la supuesta,
Calma de un mar abstracto.

Desahogo

Quisiera desterrar de mis días el tedio.
La siniestra sombra de la inutilidad.
La soberana angustia de los días incompletos.
Y la inalcanzable mueca de la seguridad.
Soledad. ¿Qué quieres de mí ahora?
¿Por qué no alcanzas otras riberas donde pescar?
¿Por qué produces pálpitos en mi alma?...
...Si lo único que anhelo es descansar.
Harta. Estoy harta de sentirme nadie.
Harta como el muchacho que despierta a las cinco de la mañana
para acudir a la obra.
Harta como el portero de la finca, que saluda a los vecinos.
Harta como la mujer de la limpieza en casa ajena.
Harta como el árbol milenario que no acaba de morir.
Harta como el viejo centenario que no ve llegado su fin.
Harta como la mañana fulgurante de un día cualquiera,
enterrada en millones de siglos que la contemplan.
Miedo. Tengo miedo a caer enferma.
Y que mi familia tenga que decidir por mí.
Miedo de no saber sobrevivir...
en medio de la ansiedad de la gente que corre a mi lado,
pero no me mira.
Miedo a que nos hagamos cada vez más herméticos.
Miedo a que se pierdan los viejos privilegios:
las noches de verano en un cine de barrio,
o la conversación con los vecinos a las puertas de la casa...
Miedo a que todo se convierta en virtual, inaprehensible.
Miedo a que ya nadie me escriba una carta...
...ni me llame por teléfono, y pueda escuchar su voz;
su acento; completamente distinto a todos los que conozco...y a los que no conozco.
Miedo a que se me olvide su manera de escribir,
Miedo a que se me olvide su manera de reír.
Y miedo a que un día nefasto me digas que ya no me quieres...
...que ya no estarás más entre mis brazos.

Naufragio.

Naufragábamos.

La embarcación de vela se hundía por la popa.

La escotilla estaba abierta y entre sus rendijas se colaba el tempestuoso oleaje.

La proa era una amalgama de seres aterrorizados.

El capitán dio orden de rebajar la carga.

El contramaestre decidió echar a la mar las barcasas hinchables...

en medio de una tremenda tempestad.

Primero las mujeres y los niños...

Bien es sabido que tienen prioridad.

A babor, ya no había restos de madera.

Yo me hallaba a estribor, campeando el temporal a mi manera.

De pronto un brazo inmenso, espumoso,

me empujó hacia adelante,

y yo me hundía entre estruendos de trueno y marejada.

Descendí, llevada por la corriente,

hasta la cueva de la Virgen del Carmen.

Es lo último que vislumbraron mis ojos,

más allá un gran foco de luz blanquecina e inmensa.

La presencia de la muerte.

Mis pulmones encharcados por las bocanadas de agua.

Mi boca y mi nariz con un sabor de matiz salobre inacabable.

¡Aire!... No puedo hacerle esto a mis hijas, ni a mis padres, ni a nadie...

¡Aire... que creo que me ahogo; que este es el final...

¡Aire!... Y apareció mi hermano subiéndome con fuerza,

y con precisión hacia la superficie del océano.

Gritó un ¡socorro! que me quedó en el alma.

Pronto llegó una embarcación.

El resto de los tripulantes ya habían ascendido.

Sólo quedábamos mi hermano y yo.

Y así fue como salvé mi vida,

con la ayuda inestimable de Javier.

Ese día era el cumpleaños de Marisa

y nos invitó...

¡a pescado!... No, Señor, no puede ser.

Solamente el tiempo.

Dormitaba hace un rato sin poder detenerme.

Mi mente deambulaba por uno y otro mar.

Llovía y sentí apenas un escalofrío.

Más no quise levantarme a echarme el chal.

Soñaba con un pretendiente que me proporcionara calorcito.

Tan rústico y tan tierno como mi labrador.

Pero esta vez no quiso Dios que encontrara dos brazos.

A los que asirme en busca de refugio interior.

Entonces hice un esfuerzo por levantarme de la cama.

Había ido a la peluquería y no me quería despeinar.

Así un libro entre mis blancas manos.

Y entre versos y versos me puse a meditar.

¿Quiénes fueron Robespierre, Alejandro Dumas, Shakespeare, Cervantes?

¿Qué sabemos de ellos en realidad?

Muy poca cosa, a pesar de todo lo escrito en las Enciclopedias,
que casi todo el mundo tiende a desdeñar.

¿Y cuando yo me vaya, ¿quién me recordará?

¿Acaso alguien leerá estas páginas un día?

¿Será antes o después de que me muera?

...Solamente el tiempo lo dirá.

Silencio.

Silencio.

Sólo los árboles mueven sus ramas expulsando aquéllas que amarillean.

El suelo se reviste de un tapiz ocre.

Huele a humedad.

Una humedad penetrante y muda...

Silencio.

Los días derraman su cáliz en el hastío de las tardes,

tediosas, interminables...

A las seis y media ya se han encendido las lámparas del suburbio

y con la noche recién estrenada llega el silencio...

solamente roto por ese fino transcurrir de las gotas de agua que,

indecorosas, relumbran en las farolas de la avenida,

en las tejas de las techumbres,

y en la paciente espera de las plantas.

Silencio.

Nada es lo que parece.

No son más que las seis y media en punto de la tarde.

Hace dos meses aún chapoteábamos en la playa...

a plena luz del sol, y sin embargo ahora...

Silencio.

Luces que se encienden dentro de las casas,

troncos que se queman en la chimenea,

atmósfera aquietada por la naturaleza...

Silencio.

Mucho silencio.

Oda a la Poesía.

Los pensamientos son como hojas caducas.
Invoquemos a las musas esquivas.
Que hoy recojamos ramos de inspiración y dicha.
Quema el invierno de papel en el fuego de la tinta...
Afrodita, firme sobre el filo de la espada.
Seguramente no podría ir a otro lugar.
Alcanzamos lo más bello en lo más alto.
Mientras, mañana seguiré siendo poeta.

Tristeza, Alegría.

Tristeza, tu inmensa soledad me destruye.
Riza los recovecos de mi alma.
Me inquieta con el tic-tac de las horas impasibles...
Dentro, llueve en mi almohada.
Alegría, ¡cuánta euforia guarda tu grandeza!
Los árboles, las plantas, la mar, se contonean.
Los jilgueros, los mirlos, los gorriones,
trinan bajo la luz del sol que nos embarga.
Tristeza y alegría; universo bipolar.
Dale la vuelta a la rueda que me voy a cantar.
Sobre campos de trigo.
¡Tristeza nunca más!
Pues mi corazón dice que te voy a olvidar.

Miedo.

Buscaba la palabra precisa
cuando me descubrí por delante de mi sombra.
Mi aspecto me agradaba en general,
pero tenía miedo a estropearlo.
Buscaba la sonrisa perfecta
y las fotografías desvelaban mis arrugas;
arrugas en la cara, de mujer madura...
y sentí ansiedad por arreglarlas.
Compré cremas y ungüentos,
decidí acicalarme,
ya nunca más dejarme a mi libre albedrío;
espantar de mi rostro esa imagen de olvido...
tan siniestro...Entonces, una de mis voces susurró:
"nadie es perfecto".
No; nadie es perfecto, pero quiero ser
esa madre
que a sus hijas regocija
con su savoir-faire.

Ausencia.

Si la entropía es el cero absoluto, aplicado en la termo ciencia,
mi singladura por el mes de octubre ha sido entrópica... hasta ahora.
Tiene una explicación: he pasado un mes en Granada,
desde la boda de mi hija Ana, con su marido, Iván.
Todo salió maravillosamente.
Estoy contenta con todos y por todo;
guardo en mis archivos infinidad de fotos de ese día tan especial...
Más tarde mi hermana y mi prima,
las Aditas, como yo las llamo-, se quedaron conmigo una quincena,
en la que fuimos todas juntas a la playa.
Atrajimos a partes desiguales el bronce,
pero pudimos descansar cansándonos, que era nuestro objetivo.
Por las noches un tapeo por las calles granaínas;
la Alcaicería, el Albayzín, Puerta Elvira, Bibarrambla
y el Mirador de San Nicolás.
Y luego a casa, a sosearnos un poco
y retomar fuerzas para el día siguiente.

Crepúsculo.

Vuelvo al lugar donde mis ojos vieron;
Al instante en que mis oídos escucharon;
Al breve lapso de una puerta abierta.
Y al resplandor templado de mi ocaso.

Dulce muchacha de los ojos verdes...
¿cuántas veces presentiste la mañana?
Dulce también la tarde en su cadencia,
al amor del rescoldo iluminado...
Con la tibia luz que entra por la ventana.
O con la oscuridad de la sala.

Vaga la mente, lenta...
Los días se amontonan como hojas caídas.
Las horas pasan raudas sobre nuestras manillas.
Reloj transparente de tiempo inmemorial.
Vaga la mente, lenta...
Y la vida sigue empeñada en vengarse,
de los sueños que tuvimos esta misma noche,
con igual profusión que si fueran sinceros.
Con la misma alegría de saber que aún vivimos...
O con la oscuridad de la sala.

Gira la noche.

Gira la noche,
gira.
Con sus tormentas,
gira.
Con sus eneagramas,
gira.
Con sus pentagramas,
gira.
Y continúa ascendiendo en una espiral.
Las tres, las cuatro, las cinco de la mañana...
Y cual dragón colosal,
nos va acercando hasta el alba.
Y ya hemos llegado aquí,
insomnes, respetuosos,
andurreando por Madrid,
sus madroños y sus osos.
Pero no me lo he propuesto,
eso no es más que un pretexto.
No pretendo deambular
cada noche sin parar...
Doy vueltas y más vueltas en mi cama
despojada de sábanas y mantas.
He puesto para ellas la colada,
y ahora espero que no les pase nada...
para poder tenderlas.
Como te tendería una noche de agosto
en mi lienzo angosto.
Como te comería a besos de mis labios,
si no fueran tan zafios.
Como correría a tu encuentro al acordarme
que eres tú quien me has encontrado.
Como visualizaría en sueños tu desarme
al estar segura de que me has hallado.

Si adivino una mueca en ti.

Si adivino una mueca en tí,
estate seguro de que la estoy desmenuzando.
Si presencio una grieta en tu carácter,
estate seguro de que la estoy desmenuzando.
Si te miro y aún sin mirar,
tus labios cerrados no me dicen nada.
Si cierro los ojos, y al anochecer,
veo con claridad que me amas.
Si lamento tenerte a mi lado, ríndete,
porque mi opinión no producirá cambios.
Si contenta de estar a tu lado, ríndete,
porque mi opinión no producirá cambios.
Porque me he hecho a mí misma un atardecer
como el que ahora nos presentan las ramas.
Porque soy yo, y no nadie, quien quiere anochecer
uniendo en un abrazo nuestras almas.

Si el jilguero canta alegre.

Y al final, una sonrisa.
Suave, dinámica, entera.
Hecha de cantos rodados
y de luminosa esfera.
Pero espera...
Todos los cánticos tienen
para mí el mismo sentido:
los hay que hablan del amor
o de odios compartidos.
Y aun así...Cantar me vuelve a mí loca.
Me gusta ver ensayaren mi hondo paladar
las palabras de mi boca.
E insisto...No es verdad que yo no sepa
cantar a los siete mares
es cuestión de que la cepa
ahonda en los matorrales.
Y yo digo...Si el jilguero canta alegre
si tristes los ruseñores
¿por qué no venís a verme
cuál es mi canto, señores?
Porque creo...
Que no hay ruseñor tan pobre
ni tan serio como yo
que el vino vierte en el odre
para mitigar las penas
de quienes salen corriendo
a alejarse de la escena
de mi amargo corazón.

Con sus antiguos colores irisados.

Hoy ha amanecido un nuevo día.
Lleno de encanto; con el sol oblicuo de septiembre.
Las mariposas revolotean por entre los matorrales.
Con sus antiguos colores irisados.
Yo entro, prosaica, a ver si está la comida.
Coliflor con patata y zanahoria.
En la sartén los ajos esperando en aceite de oliva.
Y en su recipiente el pimentón de la vera.
Yo ando buscando algo con que entretenerme.
Pero sólo hayo este refugio.
Palabras sueltas que se van uniendo.
En los confines del pensamiento.
Hoy ha amanecido un día precioso.
Las mariposas revolotean por entre los matorrales.
Con sus antiguos colores irisados...
Y heme aquí, inerte, espiándolas,
como se espían los contornos del amor.
Van una a una, como yo, sin prisa,
libando las flores de su alrededor.
Ya es mediodía.
Hace poco salí a mi paseo.
Y observé cómo el que no estaba acompañado.
Estaba hablando por teléfono...Nueve cifras.
Sólo eso necesito.
Para poder hablar contigo.
Para poder quedar contigo.
Para poder verme contigo...
Nueve infrecuentes, raras, absurdas, sencillas nueve cifras.

La tarde va decayendo.

La tarde va decayendo.

Entre las ramas de los árboles aún se filtran los penúltimos rayos de sol.

La jornada está completa. Solamente restan las últimas advocaciones...

imágenes peregrinas del latir del tiempo sin freno.

Me sorprendo admirando el jardín.

¡Tanto me gusta! Desde mi atalaya distingo los tintes,

rojizos, ocre, verdes, amarillos, violetas...

Y subo la vista al cielo casi azul,

que en apenas dos horas resurgirá con su manto de estrellas.

Y el cielo está surcado de nubes blanquecinas, transparentes,

y siento que es ahora cuando el amor me llama.

Amor universal brindado a lo salvaje;

al pico y a la azada del pobre labrador;

al caprichoso encuentro del jardinero con la tierra...

al suspicaz revolotear de mirlos y gorriones.

Y entonces pienso... ¡qué sola estoy!

Incluso los patos viajan en manada.

Los palomos tienen compañera.

Los rosales no dan una única flor.

Pero vuelvo otra vez a fijarme en la naturaleza.

La brevísima naturaleza que ofrece la ciudad.

Y pienso no estoy sola; alguien está conmigo.

Pero no sé por dónde andará.

Sabes de sobra.

Sabes de sobra que te quiero.
Sabes de sobra que aún te amo.
Pediré por tí en el rascacielos,
cuando me suba, fija, en el andamio.
¿Por qué resuena en tu ventana
el ay perdido que revienta,
y se asoma a la luz de la mañana,
como un ladrón que se haya puesto en venta?

Dime por qué la aurora es tan rojiza.
Dime por qué el sendero es escabroso.
Dime por qué tu viento me hipnotiza.
Dime por qué tu abrazo es tan sabroso.
Sabes de sobra que te sigo queriendo.
Sabes muy bien que aún te sigo amando.
Conoces los recovecos de mi tiempo.
No te asombran ni suavidad ni mando.
Todo el que haya amado una vez, lo hará para siempre.
En la cueva oculta de su pecho ciego.
Todo el que haya querido, consecuente,
con los motivos que le llevó el cielo.
No tengo deudas. Pagué muy caro.
Pero pagué, al fin y al cabo.
Nada os debo. No me arrepiento.
Al fin a solas con mi pensamiento.

Pediré en silencio.

Pediré en silencio una rosa negra.
Mandaré saludos a las amapolas.
Lloraré a escondidas este amor tan nuestro.
Colocaré un velo blanco sobre mi tez blanquecina.
Nadie verá mi lágrima por debajo del lienzo.
Nadie sabrá jamás qué es lo que pienso.
Pediré en silencio una rosa blanca.
Para que la pongas sobre tu ventana.
Y todo el que pase sepa tu alegría.
Tus ganas de amar, tu fiel cortesía.
Pediré en silencio una rosa roja.
Pasión sin igual anémona hermosa.
Pediré en silencio una flor grisácea.
Para que hagas lo que quieras con ella.
Pediré en silencio...

Nanas.

Dejé que se fuera el día.

Murió como muere el santo.

Sin aspavientos de usía.

Y sin amores descalzos.

En Valencia de Alcántara tengo un amigo,

él se peina con ralla; yo le prodigo,

en dulces serenatas bajo la luna

en renuentes piropos sobre su cuna...

A la nana nanita, nanita vera.

A dormir mi pequeño sobre la era.

Sobre la era, niño sobre la era.

A la nana nanita, nanita vera

Las frías noches.

Hace calor. Mucho calor...

Pero mi corazón está frío.

Alguien me lo ha congelado...

Alguien que se niega a ver la evidencia.

Alguien que niega la existencia de mis hijas en mi vida siempre y en todo momento...

Y como es una ignorante se atreve a calificarles de "poco"...

poca ayuda; poca compañía... cuando es todo lo contrario.

No seré yo quien llame.

Ya me he hartado de perdonar afrentas

y despropósitos...

No se trata de ángeles ni demonios.

Se trata de perdonar;

sí; pero, ¿cuántas veces?...

Yo hoy tengo el corazón helado como las frías noches del invierno polar.

Y va a ser difícil que reaccione y se caliente

porque no voy a ser yo la que voy a llamar.

La copa ha rebosado.

El jardín.

Vínculo estrecho.

Vuelo de mariposas a ras de los rosales.

Explosión de colores. Belleza sin igual.

Hortensias moradas que reciben la humedad del agua fresca,
al anochecer y antes de que amanezca.

Gladiolos, nardos, gardenias.

Girasoles, petunias, flor de onagra.

Hipérico, lavanda, ciclamen.

Margaritas, lilas, orquídeas...

Abejorros que liban el romero,
saltamontes que escapan a tu puño,
escarabajos sagrados que desfilan,
como si de una penitencia se tratara.

Hormigas, mosquitos, avispas...

Cielo azul sin reservas. Luna llena.

Lluvia de estrellas de S. Lorenzo.

Y en el centro, él y yo; mi padre terrenal y yo.

Todo tiene sentido. Píntalo.

Dibújame el jardín y yo lo enmarco
para tenerte siempre aquí a mi lado.

Como dos montañas.

Adita maternal, mi buena amiga,
mi hermana que me abraza como nadie.
¿Qué sería de nosotras; la una sin la otra?
¿Qué posición tendríamos en este mundo surrealista?
Adita entrañable, siempre dispuesta
a que la visite y a venir a visitarme.
¿Cómo podríamos andar la una sin la otra,
por territorios llenos de dolor y de amargura?
¿Tú sufres también, verdad?, -me preguntabas.
Y yo te contesté: No.
He decidido que los días cuenten, a tener que contarlos.
No quiero vivir atrapada entre el pasado y el futuro.
Como dos montañas que se distancian
y te obligan a abrir las piernas ancladas allí y allá
y nunca aquí.
Si estoy bien, voy a disfrutar del ahora,
hacer que el día cuente, como te decía.
Y si estoy mal voy a tratar de solucionarlo ahora
sin tener que estar contando los días.
Sea como sea, siempre se aprende algo.
Se saca alguna conclusión.
Altibajos del ánimo cada vez más extraños,
siempre que respetes la medicación.
Y las cuatro reglas esenciales que conocemos muy bien.
Como cualquier dolencia que incluye el cuidado dietético per se.
Adita admirable, que, pese a todo,
ha sacado su familia adelante.
Adita confortable que te ofrece
lo que tiene y lo que no tiene.
Adita respetable, que en su hazaña
y a pesar de las dificultades,
está dispuesta a escribir en su tablilla un mañana
repleto de deseos de amor y de beldades.
No sufras mi niña, que eres una santa.
Con tu dulce carácter y tus redondos besos,
tus abrazos de oso y tu triste mirada, aunque sonrías...
Dime; ¿quién se podría poner en tu pellejo?
Eres mi hermana y te quiero.
Si no fueras mi hermana también te querría.
Porque eres mi hermana te quiero.

“Desde mi soledad”. Carmen Urbieta

Porque te quiero eres mi hermana.

En este atardecer.

El día oscurece.
El cielo plumizo
languidece.
Aún es otoño, pero en el aire hay ya
un barrunto del invierno por venir.
El día oscurece.
El sol languidece.
El cielo plumizo cae sobre nuestras testas
y aun así; sigo siendo feliz.

Amo la profunda soledad de los campos
castellanos cuando el cielo palpita y llueve.
Amo la neblina agarrada a los peñascos
cuando estamos a punto de cambiar de provincia.
Andalucía: Tierra de Luz. Y es así sin duda.
Pero no hoy.
Hoy el día oscurece.
El sol languidece...
Y sólo me faltas tú.
Hombre anónimo de cadencias otoñales,
para quien no tengo voz, aire, ni nombre.
Para quien el escondite se ha transformado en juego.
¿Estás muy lejos? ¿Vas a encontrarme?
Visceralmente quiero; le quiero ya.
Aun desconociendo si aparecerá.
Pero no es un anhelo; es más bien esperanza,
o recreo de la mente mientras miro llover
a ese cielo plumizo que se cierne
en este atardecer.

Porque la vida.

Hoy, como casi todos los días,
me he levantado con el pijama azul de florecitas.
Me he mirado de soslayo al espejo, y he pensado...
Aquí estoy yo otra vez;
siempre lo estuve...Con mi silencio azul,
azul de nube.
Hasta en las noches que ya no recuerdo,
pero que vivo, pues si no habría muerto.
Y estoy viva; viva; viva...
Y ahora recuerdo
que tengo una familia grande y presente
y unos amigos ciertos y permanentes.
Gracias a Dios.
De las noches recuerdo algunas apreturas
para ir al lavabo a aliviar mi vejiga.
Y ciertos sueños en vuelo rasante
que se desvanecen si no los retengo...
y muy pocas veces lo consigo;
quizá no los sienta como míos...
Pero las mañanas sí; las mañanas son perfectas
para el recuento de entresijos íntimos.
Para el rondar de esa tuna imaginaria
que toca la bandurria desde mi balcón lleno de flores.
Y anima el verso de la palabra escrita.
Búsqueda...búsqueda...
desayunos de imágenes
que se presentan en plato frío desde mi memoria
y se adelantan al café recién hervido
para hilvanar con puntadas largas los flecos de mi mundo.
Y es el olvido. El instante perdido.
El rehacerte una y otra vez cada jornada.
El perdón por las cosas que hemos hecho
y el perdonar a quien no nos hizo nada.
Resurrección cotidiana y embustera.
Ducha caliente para ahuyentar fantasmas.
Cubrirte el cuerpo con harapos seminuevos.
Y calentarte con el sol de la mañana.
Y echar a andar...Un día más... Bajo la luz... Tras el portal.
Y reemprender
nueva ocasión.

Que haga latir el corazón.
Y alzar la pierna.
Y encajar un paso.
E ir desprendiéndote
de errores crasos...
...Pero inocentes
Pues quien nos ha creado
ya no recuerda
lo que fuimos capaces de cometer un día...
...dadas las circunstancias.
Sólo nosotros nos empeñamos
en anclarnos al pretérito
y no perdonarnos por nuestros hechos
que fueron concebidos a tenor de despechos.
Basta ya de ensañarnos;
debemos renovarnos cada jornada.
Vive el presente, con talante optimista,
que el ayer ya no es nada.
Porque la vida
empieza ahora
y tu canto...
debe ser como el del pajarillo
desde la aurora.

Melena al viento.

Melena al viento,
dime niña si quieres
que te haga un requiebro.
Cuello abrochado,
para un mes de noviembre
aletargado.
Dulces olores,
a naranjo y jazmín
en mi jardín.
Rayos de sol,
que pasan encorvados
alrededor.
Sube a mi burra,
ella querrá llevarte
por esa curva.
Tenue trotar,
de mi burra y su dueño
hasta el hogar.
Palpita el aire,
y con él las esencias
a madroñales.
Y los magnolios...
salpicadas sus ramas
de floripondios.
Corazones de siesta,
verdes las piñas,
entre la hierba nacen,
mil golondrinas.
Y las sirenas,
acuden a perderse
por las arenas.
Mientras los barcos,
las buscan con estruendo
sonando el claxon.

Hoy estoy...

Hoy estoy feliz.

Feliz porque han venido mis dos hijas a verme.

Hemos pasado una tarde apresurada;

(tenía médico a las 4h.), y luego a la farmacia, y luego a casa...

Una infusión, con sabor a cerezas,

en la sobremesa aplazada,

y luego hablar y hablar de sus proyectos;

de lo que están haciendo; de si son felices...

Y me han dicho que sí. Y en ese sí me incluyo.

Porque una de las cosas que más deseo en este mundo

es que las vaya bien, como parece.

¡Cuánto me alegro!

A ver si tienen un poquito más de tiempo y vienen pronto los nietos...

Hogar feliz.

Cuando unieron sus destinos; sus almas; sus cuerpos;
ardían en deseos de construir un hogar feliz,
para todos aquéllos que después fueran llegando.
La primera palabra que pronunciaron fue Amor.
Después vendrían Tolerancia y Trabajo.
Y el prodigio sucedió.
Nos educaron para el devenir a todos por igual.
Pero la suerte no fue del mismo modo repartida.
Porque el destino escapa a los progenitores.
Yo lo sé porque tengo dos hijas.
Cada una sigue un curso distinto.
Nunca puede ser igual,
por mucho que nos empeñemos.
Cada uno tenemos nuestras capacidades diferentes,
incluso, nuestras enfermedades diferentes, también.
Y hay que hacer uso de lo positivo de cada uno,
que es mucho,
desterrando el amor propio.
Y haciendo que impere el diálogo.
De situaciones que provoca la convivencia.
Y hacer que relumbre nuevamente
aquello que
nuestros padres han construido para nosotros.
Y que se llama Amor.
Y después Tolerancia. Y Respeto.
Y que se cumplan los votos que pronunciaron
en 1953.
Cuando ninguno de nosotros estaba aún en este mundo.
Porque nos queremos.
Y no quisiera tener que lamentarlo.
Miro la foto del tobogán que hay sobre el cabecero de mi cama.
Y pienso: "cuánto quiero a mis 4 hermanos".
Con vidas tan diferentes, pero aun así,
mi palabra para ellos es Amor.
Papá y mamá llevan 57 años
tratando de construir un Hogar Feliz.
No vamos a estropearlo.

Llueve.

Llueve.

Sigue lloviendo, acorde, impenitentemente...

Gotas caídas del cielo plomizo, suaves...acordes... impenitentes.

Creía haber sepultado la ternura

bajo los rayos del sol.

Y ésta sale a mi encuentro nuevamente

manchando mis cristales...

Descorro el lienzo de mis nostalgias

y veo las rosas florecer bajo la tierra mojada.

Es el momento de los recuentos.

El haz y el envés de la ocre hoja del arce.

La sonrisa aflora.

Viene con la brisa dulce de un día de noviembre.

La mar esparce impetuosa su espuma por la bahía.

El olor a salitre encharca tu piel y tu pelo.

Reflejo de tí mismo,

te pones presuroso los vaqueros

y corres al encuentro de las olas,

bajo la árida luz de la mañana.

Llueve.

Tus verdes botas de goma ya están preparadas.

El anorak blanco con capucha espera ser descolgado de la percha.

Y mientras, llueve...

aunque aquí dentro todo sigue igual...

que cuando no llueve.

Pero llueve, llueve, llueve...

con suavidad acorde, impenitente...

caritativa casi.

Llueve y llueve

y descendiendo los peldaños

para sentirla fresca del agua sobre mi cuerpo...

sobre mi alma...

sobre mi vida...

sobre mi nostalgia.

La Verdad.

No me hagas sufrir.
No me digas que no.
No me desprecies.
Hazme reír.
Dime siempre que sí,
aunque sepas que no siempre tengo la razón.
O dime un no, que suene a un sí.
Tal vez; quizá... mañana...
¿Despejamos la duda? ¿Qué es la Verdad?
Ese trozo de río que se escapa por entre nuestros dedos...
Y deja un frescor suave a otoño y primavera.
Y aproximas tu boca para succionar el líquido que queda.
Y es poco. La Verdad ha escapado
por entre los entresijos de tus dedos amercillados,
por el frío latir del invierno nevado.
Ha huido.
Cobijándose en los rayos del sol perpendiculares
del verano...
Y tus manos ardientes no pueden atraparlo,
porque no está; se ha esfumado.
La Verdad es algo que en realidad haces tú
y hago yo.
Y hace aquél.
La Verdad la poseen los animales y las plantas.
El agua y las rocas.
La naturaleza expuesta;
simple y solemne.
Como una novia. Virgen de sí misma.
Con los votos de amor recién pronunciados.
Deseando que el tiempo le dé la razón.
Como a tí. Como a mí. Como a aquél.....Como a todos.
Como a la mismísima Verdad.

Soledad.

Un corazón solo
en busca de otro corazón solo.
Y en medio de ambos tú: Soledad.
Lo creas o no
siempre te he estado esperando:
Soledad.
¿Qué es el silencio?
La ausencia de sonidos
y con él, la Soledad.
Soledad placentera
que se acerca a mis labios y me besa
hasta dejarme sin aire.
Soledad luminosa
de la bruma entre los árboles de la montaña,
que me contagia de amor universal.
Soledad agazapada
entre los primeros rayos del sol de la mañana,
mientras se va derritiendo el rocío.
Soledad deseada
que hace crepitar la madera de la chimenea
a cambio de colores, olores y sensaciones indescritibles.
Indescifrable Soledad
cuando el labrador clava su azada en la tierra
y los tomates germinan.
Soledad ante una taza caliente de café con leche
mientras el ventero charla con su cliente
y el niño llora en la trastienda.
Y mi corazón ansía la Soledad
para llenarse de Amor, como una copa
brillando al Sol.
Soledad de la lluvia goteando bajo los álamos
de mi alameda.
Soledad de un transeúnte con el cuello alzado
protegiéndose del viento.
Soledad de los que ríen un chisme
que alguien les ha contado.
Soledad de los que escriben en silencio
dos versos y una estrofa arrancadas con miedo
a fracasar.
Soledad del que fuma embebido

por las propias volutas de su humo.
Soledad de sentir cómo tus padres
se van haciendo mayores.
Soledad. ¡Cuán apetecible eres
para las almas sensibles!
Soledad. ¡Cuántas órdenes de cosas y causas
pueden sentirse contigo!
...Soledad....Silencio...Soledad.

Mente sensible.

Aquí dentro no llueve.
En la rebotante tranquilidad de mi hogar no llueve.
Hoy no me he aventurado por paisajes con ríos o con mares...
Con pinares al paso del caminar peregrino y gozoso.
Hoy me siento bien en casa.
Rodeada de mis pequeños secretos expuestos al forastero que llega.
Todo aquí tiene su propia historia.
Interminables conversaciones que no se inician.
Porque nadie pregunta; ¿y esto por qué?
A veces creo que soy demasiado osada.
Y que me gusta entender el entresijo de las cosas que veo...
en responsable normalidad.
¿De dónde es esta figura? ¿Cómo y por qué la compraste?
¿Qué viste en ella en aquel momento?
En el Egipto de los Faraones...
Y ahora; ¿por qué la adornas junto a la vela del Cantábrico?
¿Y la muñequita sonriente y parlanchina que te dice tres veces
que está encantada de conocerte?...
Pero nadie pregunta y nadie tampoco responde al silencio.
Y la visita se transforma en incompleta
por más que quieran saber cosas de mi vida.
Porque mi vida también son los rosarios árabes
y los espejos adamascados.
Y mis escritos que nadie pronuncia y que descansan
en una estantería esperando su primer lector...
Quizá algún día llegue alguien
a quien le interesen todas esas pequeñas cosas
que tan fielmente dispuestas
conforman mi personalidad.
Y puede que hasta le agraden
y quiera conocer más.
Pues aquí estaré esperando
con mis pequeños tesoros
con el deseo pegado a la piel de que sean descubiertos
por una mente sensible.

Suave la brisa.

Suave la brisa.

El alma henchida.

Sonoro el canto de los gorriones y los tucanes...

No hay por aquí.

¿No? Entonces ¿qué son esos plumajes? Son los de un mirlo...

¿No ves?

No tiene el arcoíris en el pico; ni lo tiene tan grande...

¡Pero canta como si los tuviera!

Sí; su canto es uno de los más bellos.

Yo me despierto cada mañana con su trino.

Y juro que no hay sonido más hermoso.

Se te olvidan las rejas de tu prisión.

Puedes vestirme apresuradamente e ir a contemplar su canto de bienvenida.

Y tú te contagias de tan buenos presagios.

Y ya allí, enciendes un cigarro y ves cómo aparece el sol entre los bloques de ladrillos.

E ilumina con su fuerza las fachadas.

Y los gorriones se atolondran con sus pío-pío.

Y los mirlos redoblan su trinar.

Y tú en el centro de la orquesta, con tus vaqueros y tu sudadera.

Y tu eterno cigarro entre los labios.

Respirando, viendo, palpando, oyendo, sintiendo...

Que la vida es corta y hay que aprovecharla.

Que el mar está lejos, pero aún tienes su recuerdo grabado en tus pupilas.

Que el riachuelo hace sólo dos días oíste discurrir entre las piedras.

Y llenaste tu cantimplora con su agua cristalina y fresca.

Que la vida son dos días y hay que aprovecharlos.

Y que no sé a quién; a alguien, tengo que dar las gracias por todo lo que aún tengo.

Sólo sé que si muero ahora moriré feliz.

Paz.

Hoy la mañana se presenta radiante
bajo el eterno susurro de los trigales.
Tal vez mi alma esté empezando a serenarse
y a volar despacito por entre los matorrales.
Agua.
Necesito agua.
Océano turquesa incontenible.
O cascada saliente entre las peñas...Agua. Tierra. Campo.
Árbol, Naturaleza, Flor, Cielo. Nubes, Arcoíris.
Sendero que se abre a un camino que cuesta vislumbrar en su grandeza.
Y corro. Y vuelo. Y salto. Y elevo mis extremidades.
Y una tímida ráfaga de viento me acaricia la tez.
Es noviembre. Suave como ninguno.
Es noviembre; delicado y manso... acobardado.
Y me echo en la hierba fresca del rocío de la mañana.
Y cierro los ojos a estímulos externos.
Y percibo el olor a pino de los árboles que acompañan mi camino.
Y oigo el trino de las aves que se mecen a mi alrededor.
E intuyo el curso del riachuelo próximo con su voz cantarina.
Y encuentro el musgo al norte del tronco del eucalipto, y su fragancia...
Y pienso que nada malo puede estar ocurriendo porque hay paz...
Inmensa y gloriosa.
Entre los mechones de mi pelo revolotea una mariposa.
Y un cuervo da los buenos días con su áspera voz.
Y un Patuco cualquiera chapotea en la poza.
Y su dueño le silba.
Y yo sigo allí tumbada absorbiendo sonidos.
Respirando.
Con los brazos en cruz.
Con las piernas abiertas, en aspa.
Y hay paz.
Y nada malo puede estar ocurriendo allá afuera.
Porque hay paz.
Sólo paz.
Mucha paz... ¿Para qué lo demás?

CUANDO UNA MUJER. - Carmen Urbieta.

Cuando una mujer tiene su sueño,
legítimo, legítimo sueño de encontrar a su amado,
entre las nieblas azuladas de sus ojos...
no debe escucharse el run-run desalmado
de quienes ponen trabas a su empeño.
Porque amar es la vida y atreverse, la flecha
de un Cupido que llega liviano a cruzar el corazón del amado.
Sea real o imaginario...
Porque el amor es ciego, como ciega es la flecha
en que encuentras el cariño de quien te ha sido enviado.
Sin fronteras. Sin abismos. Con los ojos del mirar... y no del ver.
Solos tú y yo; los dos juntos.
Como piedras preciosas, como amigos.
Como almas que se unen y pronuncian sus votos.
Porque el amor es ciego, como ciega es la flecha;
el árbol milenario y la montaña.
Como ciego es el mismo Cupido con su venda celeste en los ojos.
Como tú. Como yo. Como todos.